



EL BARCO DE VAPOR

María Gripe  
Los hijos del vidriero



Klas y Klara, los hijos del vidriero, desaparecen misteriosamente tras una visita a la feria. Son conducidos a una magnífica mansión en la que habitan el Señor de Todos los Deseos y su siempre insatisfecha esposa. Porque... ¿alguien puede decir dónde reside la auténtica riqueza del ser humano? Una enigmática historia que pone de manifiesto la importancia del amor familiar para superar todas las dificultades.



María Gripe

# **Los hijos del vidriero**

**Serie Naranja - 4 (El barco de  
vapor)**

**ePub r1.1**

**Etsai 05.09.13**

Título original: *Los hijos del vidriero*  
María Gripe, 1964

Editor digital: Etsai  
ePub base r1.0



# Primera parte

---

Quien no conoce  
su destino,  
puede vivir  
despreocupado  
**HAVAMAL**

---

# 1

VIVÍAN en un pueblo viejo y pobre que ya no existe, llamado Nöda, en Diseberga, región en la que las nieblas son frecuentes. Albert, el vidriero, había nacido en un lugar cercano, pero su esposa procedía del norte, se llamaba Sofía y era en verdad bonita como una rosa.

A sus hijos les pusieron los nombres de Klas y Klara. Fue Albert quien les dio estos nombres, que le recordaban su oficio, pues Klas rimaba con glas y el de Klara llevaba claridad a sus

pensamientos.

Albert era muy pobre, aunque la casita donde vivía y el taller en que trabajaba eran suyos. Era una casita pequeñísima. Todo el lado de una pared lo llenaba un sofá y un antiguo reloj. Al otro lado de la habitación había una cómoda y una alacena y en el centro, frente a la ventana, una mesa. Albert y Sofía dormían en el sofá y los niños en los cajones de la cómoda.

La chimenea era muy ancha y ocupaba gran parte de la habitación. Allí, junto al hogar, Sofía tenía su rueda. Por encima de ésta, colgada del techo por dos ganchos de hierro, pendía una

cuna, donde mecieron a los niños cuando eran chiquitines. Ahora Sofía la utilizaba para guardar sus cosas.

Justo junto a la chimenea, una puerta conducía a otra habitación, donde había una cómoda para guardar la ropa y un taburete. Eso era todo.

Tampoco el taller era mucho mayor, si bien Albert y su ayudante disponían de espacio suficiente para su trabajo, y también para Klas y Klara cuando venían a mirar. No era necesario nada más.

Las piezas de cristal que allí se hacían eran de lo más fino que jamás se había visto. Albert era un gran artista

del cristal. Sin embargo, cuando se trataba de venderlo no tenía mucho éxito. En otoño y primavera iba al lugar donde se celebraba el mercado, pero apenas lograba vender nada. Así que tenían que luchar mucho para que les llegara el dinero y nunca les sobraba ni siquiera un trozo de pan.

Cuando se aproximaba el otoño, Sofía iba a las granjas vecinas para agramar el lino que habían cosechado. Llevaba a los niños y a los tres les daban de comer. Además, como pago, le daban a Sofía un haz de lino y una hogaza de pan por cada día de trabajo. Entonces podían vivir con desahogo.

El más pequeño de los niños, Klas, sólo tenía un año. Todavía no andaba, pero se quedaba largos ratos mirando cómo su padre soplaba el cristal, con la misma facilidad que un niño hace pompas de jabón. Albert daba forma a relucientes copas y brillantes bols, pero éstos duraban y no se rompían como las pompas de jabón. Colocaba las piezas en los estantes, alineadas en largas filas, y había que ver cómo resplandecían. ¡Era como un milagro!

Klas, sentado e inmóvil como un ratón en su rincón, contemplaba cómo al conjuro del largo tubo de soplar de Albert, se hinchaban una tras otra

aquellas burbujas. Klas pensaba en ellas cuando se balanceaban por encima de su cabeza, mientras adquirían forma y aumentaban de tamaño. En sus ojos brillaba una mirada anhelante, como si viera algo lejos, muy lejos. ¿Qué es lo que podía ver? ¿En qué pensaba? ¿Quizás en el cielo o en los océanos? No lo sabía y era muy pequeño para poder expresarlo con palabras. Albert sonreía, porque a él le sucedía lo mismo. Era la contemplación de la belleza.

Klara tenía unos añitos más. También le encantaba ir al taller, pero jamás permanecía quieta en su asiento,

así que cuando ella estaba allí alguna que otra pieza de cristal caía al suelo y se hacía añicos. Pero ella no le daba gran importancia. Salía del taller dando brincos y corría hacia la casita, en donde colgaban las doradas hebras de lino que a Klara le parecían algo maravilloso.

Klas, por el contrario, se ponía fuera de sí cada vez que se rompía una pieza de cristal. En el primer momento le encantaba el tintineo del cristal al quebrarse, pero luego parecía aterrizado y comenzaba a llorar cuando veía los fragmentos en el suelo. Era tal su angustia que había que sacarlo

del taller. A veces Albert se enfadaba, porque creía que Klas tenía que hacerse a la idea de que algunas veces el cristal se rompe. Pero Klas no se acostumbraba. Todo lo contrario. Sufría cada vez más, hasta el extremo de que Albert casi no se atrevía a dejarle entrar en el taller.

Ese era el punto débil de Klas, pero nadie le prestaba mucha atención ya que había otros motivos de preocupación.

Albert pensaba en el cristal. Sólo en el cristal. Cristal de todas formas, cristal de todas clases. Reluciente, lustroso, brillante como un espejo, tintineante, resonante, cristal puro

como... el cristal. Siempre CRISTAL.

La verdad es que Sofía creía que Albert pensaba demasiado en el cristal e incluso que el cristal le gustaba más que ella misma. El sol podía salir y ponerse, aparecer y desaparecer la luna, pero Albert seguía en el taller soplando cristal. Ella solía sentarse junto a la ventana, fija la mirada, esperándole. Aquello sucedía con frecuencia.

Pero Klara siempre estaba contenta. ¿Cómo no iba a estarlo si disponía de un poco de lino para hacerse trenzas y el trozo de un espejo roto para mirarse? Para ella esto era más que suficiente.

Y así, la pequeña y extraña

debilidad de Klas permaneció oculta en su interior. Nadie fue capaz de comprender la sencilla verdad: Klas se había dado cuenta de que lo más hermoso es al propio tiempo lo más frágil. Esto, cuando se es pequeño y no se conoce la naturaleza del cristal, causa temor y es difícil de superar. Resulta desalentador observar con qué facilidad se hacen añicos las cosas más hermosas de la vida.

Pero esto a nadie más preocupaba, y menos aún a Sofía, a quien comenzaban a asaltarle sombríos pensamientos. El desaliento y el disgusto hicieron presa en ella. Una noche, cuando Albert llegó

del taller, la encontró llorando junto a la ventana. Sentada a oscuras, ni siquiera había encendido una vela. La luz de la luna brillaba sobre ella débilmente, y en el alféizar de la ventana sus lágrimas relucían. No alzó la mirada.

—¡Por Dios! ¿Qué haces ahí sentada llorando? —dijo Albert apesadumbrado.

—Me encuentro tan sola al no estar tú en casa... —contestó ella sollozando.

Albert le explicó entonces que estaba haciendo un bol muy especial. Tenía que tener un poco más de paciencia, y después ya podría quedarse más frecuentemente.

Pero Sofía suspiró. Sabía

perfectamente lo que iba a suceder. Cuando aquel maravilloso bol estuviera terminado, Albert comenzaría a pensar en alguna otra pieza aún más hermosa. Le conocía bien. Jamás haría un bol que le satisficiera por completo y nunca tendría tiempo para dedicarlo a ella.

Albert no sabía qué contestarle. Permanecía allí, de pie, perplejo, dándose cuenta de que mucho de lo que decía Sofía era cierto.

Finalmente replicó:

—Tienes a los niños. Al fin y al cabo no estás totalmente sola.

Pero no debiera haberle dicho eso, pues fue la causa de que Sofía le

contestara como lo hizo:

—¡Los niños! —dijo con rabia—. ¿Qué clase de compañía crees tú que son? Dan más preocupaciones que otra cosa...

Lo que había dicho no lo sentía de verdad —ninguna madre hubiera podido sentirlo— e inmediatamente se arrepintió de sus palabras. Era tan feliz con los niños y se sentía tan orgullosa de ellos... Tan sólo lo dijo porque en aquel instante malos pensamientos habían asaltado su mente. Albert estaba ceñudo, desesperado. Ninguno de los dos dijo nada más.

Pero Sofía se reprochaba

amargamente. Nunca olvidó lo que había dicho y estaba convencida de que cuanto sucedió después fue un castigo por aquellas horribles palabras que se habían escapado de su boca.

## 2

A CORTA distancia del pueblo se elevaba una preciosa colina verde. Era visible desde cualquier sitio o camino del lugar; el pueblo parecía reposar tranquilamente bajo su protección.

En la colina había un viejo manzano que era la admiración de todos. Ya fuera primavera, verano, otoño o invierno, su silueta se destacaba en el cielo, lleno de hojas, cubierto de flores, cuajadas de fruta sus ramas, o desnudas y oscurecidas por el frío. Todo el mundo elevaba los ojos para contemplarlo,

pensando en la paz que parecía reflejar.

A pesar de ello, la gente decía que era un lugar terrible y misterioso. En tiempos había sido la Colina del Patíbulo y allí llevaban a los criminales para ser ajusticiados. La gente solía añadir que en aquella colina habían sido ahorcados tantos delincuentes como manzanas daba el árbol. En otoño aparecía cargado de relucientes manzanas rojas, pero jamás hubo nadie capaz de contarlas todas.

Las manzanas eran muy ricas y hacía ya muchísimo tiempo que el lugar había dejado de ser la Colina del Patíbulo.

Ahora vivía allí una persona, pero

nadie comprendía por qué razón o cómo se atrevía a hacerlo. La casita apenas se dejaba ver, pues el manzano la ocultaba, pero por la noche, allá arriba se veía una luz.

La persona que la habitaba era una anciana, un ser misterioso, verdaderamente fantástico. Su nombre era Aleteo Brisalinda. O al menos así la llamaban, pues nadie sabía cuál era el nombre que había recibido cuando la bautizaron.

La llamaban Aleteo porque siempre llevaba una gruesa capa con una esclavina color añil. Los amplios bordes con festones de la esclavina

revoloteaban en sus hombros como si fueran unas alas. Se cubría la cabeza con un sombrero muy extravagante, que tenía un ala acampanada cubierta de flores y una copa de color violeta chillón adornada con mariposas.

Le pusieron además Brisalinda, porque ese nombre respondía a la creencia de la gente de que su presencia era señal segura de vientos templados y suave deshielo. Y la verdad es que rara vez salía en tiempo de invierno... Pasaban semanas enteras sin que nadie la viera. Pero cuando de repente aparecía colina abajo, con el revoloteo de su extraña capa y el floreado

sombrero, todo el mundo sabía que estaba cercano el buen tiempo. Aunque hubiera treinta grados bajo cero y una dura y gruesa capa de nieve, en cuanto llegaba Aleteo Brisalinda se sabía que los días de deshielo no se harían esperar. En toda la comarca era señal infalible de la primavera.

No había duda de que Aleteo era extraordinaria en muchos aspectos, pues decía además la buenaventura. Despreciaba las cartas, pero gustosamente adivinaba el porvenir leyendo las rayas de las manos de la gente, y observando los posos de café que quedaban en sus tazas. Así que

muchas personas desafiaban el temor que causaba la Colina del Patíbulo y subían después de anochecido para que les adivinase el futuro.

Pero la verdadera ocupación de Aleteo Brisalinda no era predecir el porvenir. Su trabajo era tejer. Tejía alfombras. Sus motivos de adorno los inventaba ella y cada alfombra tenía un tema especial propio. Día tras día se sentaba ante su telar, pensando con preocupación en la gente y en la vida del pueblo. Hasta que un día descubrió que era capaz de predecir lo que iba a sucederles. Podía verlo en el dibujo de las alfombras que sus manos iban

configurando. Permanecía allí, sentada, viendo el futuro. Podía seguir el desarrollo de los acontecimientos con la misma facilidad y claridad que si lo leyera en un libro.

Ahora bien, ella creía que todo aquello no era sino lo que tenía que ser, así que no le producía asombro. Si era capaz de adivinar el porvenir leyendo las rayas de las manos o mirando fijamente unos posos de café ¿por qué iba a sorprenderse viendo acontecimientos futuros en las alfombras que tejía? Así ocurría que, de repente, sabía cómo había de tejer el motivo en el que estaba trabajando y, de esta

manera, una tarea ayudaba a la otra. Tejer y adivinar el porvenir se complementaban y, de forma misteriosa, resultaban como las dos caras de una misma cosa.

Pero ella jamás reveló el misterioso origen de donde procedía su conocimiento del destino de una persona o del dibujo de una alfombra; quizás ni siquiera ella misma lo sabía. Fuera cual fuera la verdad, todos los habitantes del pueblo se llevaban bien con Aleteo Brisalinda.

En verdad, justo es decir que no tejía ni adivinaba el porvenir sólo para ganar dinero. Tenía lo suficiente para

vivir y lo demás le traía sin cuidado.

A pesar de que estaba siempre sentada ante el telar, nunca disponía más que de unas pocas alfombras completamente terminadas. Pero éstas eran realmente extraordinarias y muy hermosas. En las ferias de la comarca siempre se sentaba en su pequeño puesto y adivinaba el porvenir, con las alfombras expuestas a la vista.

Mucho podría decirse de los ojos de Aleteo, pues experimentaban continuos cambios e impresionaban mucho a la gente. La cualidad más increíble e inverosímil de sus ojos era su mansedumbre, pues eran como flores, y

esta circunstancia decía a las claras que no había que tener miedo de mirarlos. En realidad, la mirada que fijaba en el mundo y su gente era azul como las flores de hierbabuena silvestre, esos frágiles capullitos que se encuentran entre la hierba por el mes de junio. Así eran los ojos de Aleteo Brisalinda.

Era, desde luego, una persona muy poco corriente...

En el campo, la gente suele tener en casa perros o gatos como animales de compañía. Aleteo Brisalinda tenía un cuervo. Su nombre era Talentoso. No se sabía cómo se había hecho con él, ni siquiera si lo había atrapado ella misma,

pero siempre habían estado juntos y era un animalito verdaderamente notable.

Sabía hablar. Pero no se trataba de un parloteo lleno de tonterías, sino que contestaba directa y acertadamente; es decir, sabía lo que decía. A veces se negaba a hablar, pues era muy caprichoso. Otras hablaba en forma tan enigmática que la gente se quedaba en ayunas de lo que decía. Pero Brisalinda lo entendía todo.

A Talentoso le faltaba un ojo desde hacía mucho tiempo; corría el extraño rumor de que lo había perdido en el pozo de la sabiduría. A Aleteo eso le preocupaba, no porque Talentoso no

podría valerse con un solo ojo, puesto que se las arreglaba muy bien, sino porque su carácter había cambiado. Y, desde luego, un cuervo debe tener dos ojos; sobre todo tratándose de un cuervo como Talentoso.

Porque cada uno de sus ojos poseía una visión de distinta clase.

Uno era el ojo diurno. Con él veía el sol y todo lo que éste alumbraba. Veía la luz y los colores cálidos y brillantes. Veía la alegría de vivir, las sonrisas y las carcajadas, los pensamientos alegres. Todo lo bueno. Aquel ojo era capaz también de ver el lejano futuro y lo que en él iba a suceder.

El otro ojo era el nocturno, el que lo veía todo a la luz de la luna. Veía los colores oscuros y fríos. Las nubes y la tristeza. Los pensamientos tristes y amargos. Lo feo y lo maligno. Y aquel ojo, además, veía el tiempo ya transcurrido. Podía enfocarlo hacia el lejano pasado.

Talentoso había perdido el ojo nocturno, el de la luna, el ojo primitivo. El ojo malo, como suele llamársele. Y esto, desde luego, había producido en él un cambio. Ahora sólo veía la vida de color de rosa. Sólo captaba lo alegre y lo bueno. Ya no veía la menor sombra. Ni siquiera la suya. Incluso pudiera ser

que, como era tan negro, a veces ni siquiera pudiera verse a sí mismo. Todo esto le había hecho un poquitín despreocupado, cosa impropia en un cuervo, pero claro, no era culpa suya. Aleteo lo comprendía.

Y también pensaba que incluso la adversidad tiene una faceta afortunada, ya que por lo menos Talentoso no había perdido su ojo bueno. De haber sido así, ahora todo le parecería negro. Pero, por otra parte, Aleteo se preguntaba si Talentoso era ya un nombre apropiado para él.

Desde luego, es hermoso poder ver sólo el lado luminoso de la vida, pero

los que realmente están en condiciones de decir la pura verdad son aquellos que también pueden ver el lado sombrío de las cosas.

Y a decir verdad, Aleteo opinaba que Talentoso resultaba ahora un tanto superficial.

# 3

SE acercaba ya la fecha de la feria de otoño de Blekeryd y los caminos se poblaban de gente. Muchos venían en carros desde muy lejos; otros iban a pie, empujando o tirando de sus pesadas carretas.

Llegaban los errantes gitanos, alegres, con sus rizos agitados por el viento y la mirada radiante; daba gusto verlos. En los caminos resonaba el eco de sus voces, que hablaban otros idiomas. Traían su música y su alegría, el destello de sus llamativas ropas y el

centelleo de sus adornos.

Viéndolos pasar, la gente se entusiasmaba.

Sofía iba sentada en el pescante junto a Albert, llevando a Klas en su regazo. Klara iba entre los dos. Avanzaban lentamente, disfrutando del viaje.

La mañana era luminosa y suave. Los rayos de sol se filtraban por entre las copas de los pinos, pero calentaban poco ya que era otoño. Sobre el camino flotaban milanos que, de un modo misterioso, llenaban el aire de plata.

Albert y Sofía se miraban sonrientes y los niños reían.

Albert había alquilado en la plaza del mercado un puesto con techo de maderos. Como de costumbre, lo compartía con otro soplador de cristal. Allí colocó su mercancía. Era más bonita que la de su compañero, pero de poco le servía ya que el otro era mejor vendedor. Era un buen charlatán y estaba ya vendiendo.

Y sucedió lo de siempre: la gente se detenía un buen rato ante los artículos de cristal de Albert, pero compraba los de su vecino. Parecía como si el destino estuviera en contra suya y Albert casi llegó a perder el ánimo y la esperanza. Sofía, que toda la mañana había estado

observando, se puso aún más pálida.

¿De qué servía esforzarse tanto, hacer el cristal más bonito, si nadie lo compraba?

¿Por qué no hacía Albert el cristal que le gustaba a la gente?

¿Cómo se las arreglarían para salir adelante?

Porque habían tenido que pedir prestado el carro y alquilar la tienda, lo cual les había costado bastante dinero. Y hasta el momento no había vendido ni una sola pieza de cristal. Ni siquiera se había interesado nadie en hacer algún intercambio. Así iba transcurriendo el día.

Ya era bien avanzada la tarde. No podían pasar allí la noche. Tenían que prepararse para regresar a casa sin haber vendido nada.

Los niños comenzaron a impacientarse. Klara, que había correteado por las calles del recinto de la feria jugando con otros niños, estaba ahora sentada con Klas en la parte de atrás del puesto. Cubiertos con una mantita, no tenían frío y en realidad no querían nada; pero la preocupación de sus padres les afectaba también a ellos. Con los ojos muy abiertos, estaban muy al tanto de todo lo que sucedía y parecían asustados.

Entonces, de repente, todo cambió.

Un hombre bajaba por la calle del mercado. Todo indicaba que era un noble: su ropa, su forma de andar, sus ademanes. Un viejo cochero le iba abriendo paso por entre la multitud. Caminaban despacio, no hablaban a nadie y no habían comprado nada.

Llegaron al puesto de Albert, el soplador de cristal. El cochero ya había pasado, pero el caballero se detuvo y le llamó. Con un bastón que llevaba, comenzó a señalar un artículo de cristal tras otro. Después, inclinando la cabeza, hizo un ademán y dio una breve orden al cochero, que inmediatamente se dirigió

a Albert para comprarle cuanto su señor deseaba.

Entretanto, el caballero miraba interesado a Klas y a Klara. Era más bien joven, pero su rostro carecía de alegría. Contemplaba a los niños con atención pero no sonrió ni un solo instante.

El cochero pagó con un buen puñado de grandes y relucientes monedas y cuando Albert iba a darle el cambio, el caballero hizo con la mano un ademán como de excusa y se marcharon. Aquel noble señor, sin saberlo, había hecho una buena acción. Pero ni siquiera había dirigido la palabra a Albert.

Pero a Albert ¿qué le importaba eso? ¡Estaban salvados! En un momento habían vendido más de lo que nunca pudieran soñar.

Se miraron uno a otro. Albert se sentía mareado ante tal golpe de suerte.

¡Ahora había que divertirse!

Cerrarían el puesto para lo que restaba de la jornada y se irían a la posada. Dejarían a los niños acostados y volverían a la feria para participar del regocijo. ¡Al menos una vez podían hacerlo! Una ocasión así no se presentaba todos los días.

¿Haría Albert en serio? Sofía, perpleja, dudaba, y sus mejillas se

pusieron rojas como amapolas.

—¿Crees que nos darían habitación en la posada? —preguntó.

—Ve ahora mismo y llévate a los niños —indicó Albert—. Dejaré aquí todo arreglado y en un momento iré para allá.

Era ya anochecido. En las tiendas y puestos habían encendido lámparas y la plaza estaba iluminada por grandes antorchas de llama vacilante.

Entre la muchedumbre que inundaba la calle del mercado estaban Albert y Sofía. En aquellos momentos estaban contentos y eran libres de hacer lo que quisieran. Albert dijo a Sofía:

—Te voy a hacer un regalo como recuerdo de esta feria.

—No, no —protestó Sofía, sonrojándose.

—Sí —replicó Albert.

Pero primero tenían que comprar algo para los niños, que dormían en la posada. Compraron caramelos, un par de zuecos para cada uno, un caballo de madera para Klas y una pequeña muñeca de trapo para Klara. La muñeca tenía blusa, falda y delantal, y un pañuelo cubría su cabeza.

¿Pero cuál iba a ser el regalo para Sofía? ¿Qué deseaba? Ahora mismo no lo sabía. ¿Un chal con rosas? No, el que

tenía aún servía. Debía ser algo que no tuviera.

—¿Un frasquito de perfume, quizás?

Eso es mejor —dijo Albert.

Sofía se echó a reír.

—No, eso es una tontería.

A Albert ya no se le ocurría nada.

En uno de los puestos, un hombrecillo ya viejo, un anciano en realidad, muy pequeño y lleno de arrugas, vendía joyas. Tenía poco que ofrecer y su caseta estaba algo apartada del camino.

Albert y Sofía habían pasado por allí varias veces, sin pararse. El anciano no tenía farol y el lugar era tan lúgubre

que no se habían fijado en él.

Pero en aquel momento salió la luna, que iluminó con una luz clarísima al hombre y su puesto. Cuando Albert y Sofía pasaron por allí al cabo de un rato, le vieron. Les ofrecía una sortija.

—¿Quieres un anillo? —preguntó Albert dirigiéndose al puesto.

Sofía le alcanzó. Un anillo...

—Debe ser muy caro, Albert.

El anciano permanecía de pie, inmóvil. Era pequeñísimo, casi un enano; en realidad parecía un duende. En su cara, los ojos semejaban trozos de carbón, mientras que su erizado cabello y su barba aparecían blanquísimos,

iluminados por la luz de la luna. No decía nada, sólo alargaba la sortija.

Sofía le echó una mirada, e inmediatamente sintió como si siempre hubiera deseado aquella misma sortija, sin haberlo sabido nunca. El deseo de poseerla se apoderó de ella y Albert se dio cuenta.

—Al menos podemos preguntar lo que cuesta —dijo.

Al oír esto, Sofía sintió un escalofrío, porque el anciano le causaba algo de temor. Pero fue hacia él tras Albert.

El anciano no contestó a la pregunta de Albert respecto al precio. Tomó la

mano de Sofía y deslizó la sortija en su tembloroso dedo, al que se ajustó a la perfección.

En una maciza montura de plata, una piedra iridiscente de color verde oscuro brillaba de un modo fascinante. Sofía, sosteniendo con una mano la que tenía puesta la sortija, permanecía muy quieta. Albert le preguntó algo, pero ella parecía como si no pudiera decir nada. Seguía allí, a la luz de la luna, y su mirada se sentía cada vez más atraída hacia el abismo refulgente de la piedra, tal como si estuviera mirando un ojo. Tuvo la sensación de que le devolvía la mirada. Parecía como si el tiempo se

hubiera detenido.

De nuevo le preguntó Albert:

—¿Lo quieres?

Parecía feliz. Entretanto había concertado el precio de la sortija con el anciano. Estaba a su alcance.

—Muchas gracias, Albert — contestó Sofía como en un suspiro.

Así que se quedó con la sortija. Albert la pagó y se marcharon. No tenían ya nada más que hacer, pero continuaron paseando por el recinto de la feria, disfrutando de la noche.

Cuando volvieron a pasar por el lugar donde había estado el anciano, tanto éste como el puesto habían

desaparecido. El bosque ocultaba ahora la luna y el sitio estaba oscuro como boca de lobo.

Sofía se estremeció, presa de un extraño temor. Rápidamente dio la vuelta y arrastró a Albert hacia la plaza en fiesta.

# 4

COMO de costumbre, Aleteo Brisalinda había acudido a la feria y había montado el puesto en el que adivinaba el porvenir. Había traído varias alfombras, unas de color claro y otras oscuras, que había colgado en la parte exterior del puesto.

En esta ocasión, su cuervo Talentoso estaba dentro de una jaula. Se trataba de una vieja jaula dorada que la anciana había colgado de un gancho en lo alto de la caseta. Cuando entraba gente y alguien tropezaba por casualidad con la

jaula, ésta comenzaba a balancearse, lo que espabilaba a Talentoso que rompía a hablar, diciendo:

—Soy Talentoso, el cuervo negro, cuyas respuestas encierran más verdad que las preguntas de la gente.

Había quien se enfadaba al oír esto, pensando que era una jactancia del cuervo; otros creían que lo hacía por divertirse; pero la mayoría se sentían atemorizados.

A Aleteo Brisalinda le desagradaba tal conducta, que le parecía poco formal. En circunstancias normales, el cuervo no se habría comportado de aquella forma; tal actitud se debía en cierto modo al

hecho de tener un solo ojo. Y Aleteo así se lo dijo; que no era tan sabio como él se creía, sino todo lo contrario: su forma de ver las cosas y a la gente era bastante superficial y absurda.

Pero el cuervo no estaba de acuerdo y respondió con calma:

—Los sabios rara vez son felices. Se debería ser moderadamente sabio.

Aleteo Brisalinda suspiró, pues eran ciertas sus palabras; era lo que ella misma experimentaba a diario. Daba vueltas por la tiendecilla una y otra vez, mirando fijamente con preocupación el motivo de la alfombra que había acabado de terminar justo para llevar a

la feria. Cada vez que la miraba se sentía desdichada y a la vez desconcertada. Sus pasos eran cansinos y cuando movía la cabeza, se agitaban con triste balanceo las flores y mariposas que adornaban su sombrero.

Talentoso volvió su ojo hacia ella:

—Habría que hacer algo más que tener miedo y lamentarse —dijo con reprobación.

—Sí, Talentoso, desde luego —tuvo que admitir Aleteo—. ¿Pero entonces cuál sería tu consejo?

—¿Así que has vuelto a ver en la alfombra alguna horrible desgracia? —preguntó el cuervo.

Ella asintió silenciosamente.

—Yo ya lo había visto, pero he mantenido cerrado el pico —dijo Talentoso con firmeza.

—¿Pero si ella viene y me pide que le adivine el porvenir?

—No tengo más que decir —dijo Talentoso prudentemente, guiñando el ojo.

La luz de la luna bañaba todo el recinto de la feria y el cielo estaba cuajado de estrellas. De vez en cuando se veía alguna estrella fugaz y la gente expresaba sus deseos, para que se convirtieran en realidad.

—Quisiera que nos hiciéramos ricos

—fue la petición de Sofía.

Albert no deseaba nada para él, pues le parecía que aquel día ya habían recibido bastante.

—Lo deseo por el bien de los niños —añadió Sofía—. Quiero para ellos una vida mejor que la nuestra.

—Las cosas nos van bien —dijo Albert tranquilamente.

Pero Sofía no le escuchó. En el momento en que caía una estrella dijo:

—Habría que ver lo guapos que estarían Klara con un vestido de seda y Klas con un traje de raso —murmuró. Sus ojos brillaban soñando, a la luz de la luna.

Llegaron al puesto donde Aleteo Brisalinda adivinaba el porvenir y Albert se paró a mirar las alfombras expuestas. Estuvo un buen rato observándolas atentamente y vio que eran más bonitas y misteriosas que nunca. Y mientras estaba allí, experimentó una extraña melancolía que llenaba de angustia su corazón, como si le acometiera un presagio de desgracias.

No se veía a Aleteo Brisalinda por ninguna parte. El cuervo Talentoso estaba dentro de su jaula, inmóvil como un muerto. Albert se volvió hacia Sofía, pues deseaba saber si ella compartía su extraña sensación; sobre todo respecto a

cierta alfombra, que le inundaba de melancolía y tristeza.

Pero Sofía no miraba las alfombras ni escuchaba a los músicos que en las esquinas tocaban la música para que la gente bailase.

Inició un breve paso de baile y sonrió.

—Albert —dijo—. Me parece que voy a pedir que me adivinen el porvenir.

—¿No quieres bailar? —preguntó Albert, que deseaba marcharse de allí.

—Después de que me hayan adivinado el porvenir.

Sofía, pues, entró en el puesto. Talentoso la vio, pero no hizo el menor

ruido. Allí estaba Aleteo Brisalinda, sentada en un taburete de tres patas. El suelo estaba cubierto con una de sus magníficas alfombras. A Sofía no le gustaban, porque eran demasiado tristes y oscuras.

Aleteo tenía el sombrero puesto, oculto el rostro bajo el ala. La esclavina pendía lánguidamente de sus hombros. Tenía la mirada fija en el suelo y no alzó los ojos cuando Sofía entró.

—Quiero que me eches la bienaventura —dijo Sofía.

—Ya he terminado por hoy —contestó Aleteo secamente.

—¡Oh! —exclamó Sofía defraudada

—. Con las ganas que tenía...

Los ojos color azul intenso de Aleteo Brisalinda recorrieron un momento el rostro un tanto tenso de Sofía y luego miraron hacia otro lado.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Aleteo—. Y además, no sabes lo que pides.

Entonces Sofía se enfadó. Creía que Aleteo se comportaba de aquella forma sólo porque eran del mismo pueblo. Claro, a Aleteo le parecía que no tenía por qué esforzarse en complacer a la gente de su pueblo. Pero Sofía no se daba por vencida. Obstinadamente extendió su mano.

—¡Mírala, y ahora adivíname el porvenir! —le exigió Sofía. Al principio Aleteo trató de hacer como si no la hubiera visto, pero luego, de repente, miró con fijeza la sortija que llevaba Sofía. Finalmente cerró los ojos y movió la cabeza negativamente:

—¡No! —dijo—. ¡No y no, te repito!

Sofía dejó caer su mano. Se sentía triste y ofendida. Deseaba extender de nuevo su mano, pero no hallaba las palabras apropiadas para expresar su indignación. Aleteo, sin embargo, comprendió sus sentimientos. Una vez más clavó en ella aquellos esquivos ojos azules y susurró:

—Pobre, pobre hija —aquello fue lo único que dijo—. Pobre hija...

Entonces Sofía la miró y se dio cuenta de que se había equivocado; Aleteo parecía realmente muy cansada. Un poco avergonzada se volvió hacia la puerta. A sus espaldas oyó la voz de Aleteo, que decía con voz apacible:

—Llevas una sortija, Sofía. Si algún día te sobreviene una desgracia, hazme llegar esa sortija, y donde quiera que te encuentres yo te ayudaré. ¡No olvides mis palabras! ¡Mándame la sortija!

Sofía se quedó quieta mientras Aleteo Brisalinda hablaba. Estaba justo debajo de la jaula de Talentoso. El

cuervo se había quedado dormido; tenía los párpados cerrados.

Después de aquello, Sofía no tenía ya ganas de bailar. Se lo contó todo a Albert.

—¡Quería mi sortija! ¿Te das cuenta? —exclamó indignada.

—No se trata de eso —dijo Albert. Lo extraño era que Aleteo no se había comportado como era habitual en ella—. Me parece que voy a decirle que me adivine a mí el porvenir, y luego ya veremos. Al fin y al cabo yo no llevo sortija alguna.

Entró en el puesto y estuvo allí un largo rato. Mientras tanto, Sofía se alejó

un poco para oír la música. Volvió sobre sus pasos en el momento en que Albert salía de la caseta. Caminaba a zancadas, como si tuviera mucha prisa.

Entonces el cuervo Talentoso despertó y le gritó con voz ronca:

—¡Puedes creértelo o no! ¡A mí me da igual!

—¡Albert! ¿Qué sucede? —preguntó Sofía aterrorizada.

—¡Vamos! —gritó, tirando de ella. La llevaba casi en volandas.

—¿Te echó la buenaventura?

El no contestó.

—¡Albert!

Pero él la obligaba a ir cada vez más

deprisa. Al fin, Sofía dejó de hacer más preguntas. Silenciosa y obediente, corría junto a él.

Cuando llegaron a la posada, abrió de golpe la puerta de la pequeña habitación que habían alquilado. Sin decir palabra, se dirigió precipitadamente hacia el sofá donde dormían los niños. Estaba completamente fuera de sí. Inclinandose hacia ellos, dijo en voz baja varias veces:

—Gracias a Dios, gracias a Dios...

Allí estaban, durmiendo tranquilamente. Sofía le miró llena de inquietud.

—¿Qué te ha pasado? ¿Creías que habían desaparecido los niños?

Pero Albert tardó en contestar a sus preguntas. Dijo que estaba cansado y que quería irse a la cama enseguida, añadiendo que era sólo algo que le había pasado por la cabeza. Debió de ser el cuervo; y la luz de la luna y aquellas alfombras.

Sofía le dio la razón:

—Desde luego. Esas alfombras, no sé por qué, resultan horribles.

Dejaron la muñeca junto a Klara y el caballo de madera cerca de Klas, y se marcharon a la cama. Pero Albert permaneció despierto un largo rato,

inquieto y dando vueltas.

La habitación no tenía ventana, sino una tronera por donde penetraba la luz de la luna. Fría y azul, se abría paso despiadadamente en la oscuridad, hasta que Sofía se levantó y tapó la tronera con su falda.

A la pálida luz del amanecer, Albert se levantó y cargó todo en el carro. Salieron de Blekeryd antes de que el sol alumbrara el nuevo día.

# 5

EN Albert se produjo un gran cambio.

Se quedaba en casa mucho más tiempo que antes y nunca volvía al taller después de anochecer.

Era como si tuviera miedo de algo. Se le veía inquieto, echando el cerrojo a la puerta y cerrando bien la ventana. Al menor ruido fuera de lo corriente se ponía de pie de un salto para averiguar lo que era, y si los niños no estaban a la vista, el miedo hacía que casi perdiera los estribos.

Algunas veces, hacia media mañana, venía del taller sólo para ver si todo iba bien.

Si Sofía le preguntaba qué era lo que le preocupaba, salía con evasivas, alegando que siempre hay peligros desconocidos que amenazan a los niños; que nunca se les vigila lo suficiente y que nunca es bastante el cuidado que se tiene de ellos.

Sofía sabía que esta preocupación había surgido a partir de la feria de otoño. Pero ¿qué era lo que realmente había sucedido allí? Bueno, había ido a ver a Aleteo Brisalinda y le había adivinado el porvenir. ¿Le habría dicho

la anciana algo que le infundía miedo? El insistía en que no le había dicho nada especial. Había divagado, como hacen siempre las viejas hechiceras. Ni siquiera recordaba exactamente lo que le había dicho. Además, él no era de esa clase de personas que se preocupan por lo que puedan decir unas viejas adivinas.

Eso era lo que Albert decía. Pero entonces ¿por qué se comportaba de un modo tan extraño? Sofía no encontraba explicación a tantos interrogantes y al final se cansó de hacer preguntas.

Se hubiera contagiado o no de la preocupación de Albert, tampoco ella

estaba contenta, ni mucho menos, a pesar del regalo de una sortija tan bonita. ¿Cómo podía ser tan desagradecida? A veces pensaba que hubiera sido mejor no aceptarlo. Era un regalo tan poco apropiado para ella... Con el dinero que había costado podían haber comprado algo más práctico.

Siempre que se ponía la sortija, le invadía la inquietud. Además, ella no estaba acostumbrada a cosas tan finas; demasiado lujo para gente tan pobre. El pensamiento de que en su lugar los niños hubieran podido tener alguna ropa de abrigo para el invierno pesaba mucho en su conciencia.

Estaba segura de que eso era lo que le producía desasosiego y preocupación. Un día ya no pudo aguantar más. Se quitó la sortija del dedo y la escondió, para no volver a ponérsela. Entonces todo fue mejor. Y Albert ni siquiera se dio cuenta.

Ahora Sofía volvía a ir, como de costumbre, de granja en granja agramando el lino ya recolectado. Afortunadamente había encontrado ese trabajo en que ocuparse, pues Albert no pudo hacer mucho cristal aquel otoño. Apenas tenían nada ahorrado para ir tirando.

Aquel fue un largo invierno, gris y

muy frío, pero finalmente llegó la primavera y pareció como si de repente todo se hubiera calmado.

Cuando en la naturaleza todo se hizo más luminoso y brillante, Albert recobró su habitual buen humor. Ni siquiera él podía sustraerse al encanto de la primavera. En el taller avanzaba mucho más aprisa con el cristal, pues la verdad es que el trabajo se había retrasado durante el invierno y ahora tenía que hacer mucho cristal para venderlo en la feria de primavera.

Esta vez quería ir él solo a la feria y se mantuvo firme en su decisión. Los niños eran demasiado pequeños para

llevarlos y la última vez les habían causado mucha preocupación.

Sofía sufrió una decepción, pero no hubo nada que hacer. Se resignó a quedarse en casa.

Albert concertó el viaje con un granjero que hacía zuecos y otros artículos de madera. La carga del granjero dejaba espacio suficiente para los objetos de cristal que llevaba Albert esta vez.

Pernoctaría en Blekeryd y regresaría a la mañana siguiente con el granjero. Tenían la intención de llegar temprano.

Pero a Sofía, esperando en casa, el día se le hizo interminable. No llegaron

cuando habían prometido y Sofía fue corriendo lo menos cien veces hasta el cruce del camino para ver si aparecían.

Al fin, enfadada e intranquila, olvidó echar un vistazo a los niños, aun cuando eso fue lo último que le prometió a Albert.

No es que Klas y Klara necesitaran nada. Klas andaba ya desde el invierno y para entonces sus pies habían adquirido firmeza. Klara estaba muy crecida para su edad.

Klara tomó a Klas de la mano y se fueron por la senda para ver a su madre que bajaba corriendo hasta la carretera. Sofía les había dicho que no se

movieran de casa pero ¿por qué tenían que quedarse allí dentro? ¡Estaba todo tan hermoso fuera!... Lucía el sol y todos los pájaros cantaban. La hierba ya estaba verde. Y allá lejos veían cómo iba su madre camino abajo. La siguieron con la vista hasta que desapareció en un recodo.

Entonces se encontraron con dos niñas que les explicaron cómo podían ganarse aquel día un buen puñado de dinero de los transeúntes que regresaban de la feria. Lo único que tenían que hacer era ir al bosque, coger flores silvestres y esperar al borde de la carretera el paso de los coches y los

carros. Bastaba con que ofrecieran las flores, y la gente se pararía a comprarlas, pues aquel día todos traían dinero fresco.

¡Qué buena idea! Sus padres tenían siempre tan poco dinero... Pero ¿dónde se podían encontrar flores?

Aquellas niñas lo sabían y se lo mostrarían. El bosque estaba lleno de flores. Allí las había de todas clases.

—¿Hay anémonas blancas y azules?

—¡Ya lo creo, montones de ellas!

Las niñas empezaron a andar. Klas y Klara iban tras ellas. Resultó tal como habían dicho. El bosque rebosaba por todas partes de anémonas blancas y

azules. Con ellas hicieron grandes ramos.

No tuvieron que adentrarse mucho en el bosque. No había miedo a perderse, como siempre temían sus padres. Las niñas sabían muy bien el camino.

Después tomaron un atajo por el bosque para llegar a la carretera. ¡Y aquello sí que era algo digno de verse! Muchos niños bordeaban ya la carretera y agitaban sus ramilletes para ofrecerlos a los viajeros que pasaban.

A los granjeros, felices de volver a casa con sus ganancias, no les importaba gastar y eran generosos. A veces compraban varios ramilletes, pero quizá

Klas y Klara eran demasiado pequeños o no ofrecían las flores con la gracia de los demás, pues el caso es que nadie se las compraba.

Las niñas vendieron pronto todas sus flores y volvieron corriendo al bosque para coger más.

Klas y Klara se alejaron un poco más, carretera abajo, para ver si allí se les daba mejor. Klas sentía cansancio en los brazos e iba dejando caer capullos por el camino. Las florecillas también comenzaban a marchitarse.

Pero allí se quedaron, de pie, esperando pacientemente. No iban lo que se dice muy bien vestidos. Parecían

en realidad unos pequeños fardos de ropa, por entre la que asomaban mechones de cabello. Boquiabiertos, con sus ojos azules expectantes y llenos de ansiedad, ofrecían una estampa curiosa, allí, de pie, quietos, como en espera de un milagro.

Y al fin, el milagro se produjo.

Un lujoso carruaje avanzaba ruidoso por la carretera. No era como los que suelen tener los granjeros, tirados por caballos robustos y cansinos, sino un hermoso coche arrastrado por un par de lustrosos caballos blancos, con cochero en el pescante. Los caballos galopaban tan deprisa que sus cascos levantaban

una blanca nube de polvo, flameando al aire sus magníficas crines.

Las ventanillas del carruaje tenían cortinas y al pasar junto a Klas y Klara alguien desde dentro saludó con la mano.

Un poco más adelante, el cochero tiró de las riendas de los caballos y el coche se detuvo en el mismo centro de la carretera. El cochero se apeó y abrió la puerta.

Una multitud de chiquillos llegó corriendo y se agrupó alrededor del coche, pero el cochero los apartó. En cambio, llamó por señas a Klas y Klara. ¡Quién iba a imaginárselo! ¡Quería sus

flores!

Sentada dentro del coche, había una elegante pareja; hermosa la señora y muy distinguido el caballero. Sonreían a las criaturas que, muy serias, les miraban fijamente con la boca abierta. El caballero sobre todo, les sonreía de un modo especial. Dijo que los conocía, que había comprado a su padre piezas de cristal en la feria de Blekeryd el otoño pasado. ¿No se acordaban?

No, no se acordaban. Pero eso no importaba, lo que importaba era que quería sus flores. Dijo algo al cochero, quien sacó una gran moneda y se la dio a Klara. El caballero le ordenó que diese

otra a Klas.

Se quedaron tan asombrados que olvidaron entregar las flores y el cochero tuvo que decirles que se las dieran a la elegante señora.

Ella las tomó y las puso a su lado, en el asiento. Apenas se dignó mirarlos, pero el caballero dijo que eran muy guapos. Sonriendo de nuevo a Klas y a Klara, preguntó a la señora si no estaba de acuerdo en que eran unos niños encantadores.

—Sí —contestó—, son muy lindos. ¿Nos vamos ya?

—Como quieras, querida —dijo el señor e hizo una inclinación de cabeza a

los niños. El cochero cerró la puerta. Era bastante viejo, y antes de encaramarse al pescante miró con aire severo a los niños y, malhumorado, les dijo que no fuesen a perder las monedas. Que se fueran derechos a casa y se las dieran a sus padres.

—Porque es una buena cantidad de dinero —dijo muy serio.

Partió el coche; una mano pálida y delicada saludó tristemente tras la cortina y durante un instante pudo verse la cara del caballero. Pero los caballos arrancaron con tanta rapidez, que el coche desapareció tras una nube de polvo.

Mirándolo embobados, Klas y Klara permanecían mudos. Al momento se vieron rodeados por todos los niños, que querían ver las monedas. Y probablemente las hubieran perdido muy pronto, si Sofía no hubiera llegado corriendo en aquel mismo instante. Su cara estaba blanca de miedo.

El temor se tornó en asombro cuando vio lo que les habían dado a los niños. Asombro y gozo.

—¡Son monedas de oro de verdad!  
—dijo a sus hijos.

Volvieron a casa a esperar a Albert, pero ahora Sofía ya no se atrevía a bajar a la encrucijada. Se quedó en casa,

vigilando atentamente.

Acababa el día. Llegó la noche y Albert aún no aparecía. No regresó hasta pasadas las diez de la noche.

Los niños estaban ya acostados y dormían profundamente.

Se había retrasado debido a un percance inesperado. El granjero, como era de esperar, se había emborrachado en la feria y conducía el carro como un loco, por cuya causa volcaron en la cuneta cuando venían de regreso. Se habían hecho añicos todas las piezas de cristal, aunque poco importaba puesto que, de todas formas, como de costumbre, nadie parecía querer sus

artículos. No había vendido ni una sola pieza.

Esta vez no había llegado ningún comprador rico. Albert estaba deprimido y harto de todo.

Sofía parecía que iba a explotar con su secreto, pero nada dijo. Luego, cuando él terminó de contar todo lo que había sucedido, sacó las monedas de oro que le habían dado los niños y se las enseñó.

—Pues por aquí sí ha venido gente rica —dijo.

Los ojos de Albert se abrieron como platos.

—¡Pero si tú no tenías nada que

vender! —exclamó.

—Yo no —dijo riendo—, pero los niños sí. Cogieron flores y las vendieron allá abajo, en la carretera.

Entonces le contó lo del magnífico coche con la generosa pareja, que quiso comprar únicamente las flores de sus hijos y no las de los demás. Sofía se mostraba orgullosa pero Albert frunció el ceño. Lo sucedido no le hacía tan feliz como a ella. En primer lugar, no le gustó que hubiera dejado a los niños solos.

Y por otra parte, le resultaba duro admitir que un ramillete de flores marchitas pudiera valer más que su

cristal. ¿De qué le valía estar siempre soplando cristal?

Y así terminó aquella feria de primavera.

# 6

LLEGO y pasó el verano y tras él otro invierno, y volvió la primavera del año siguiente.

Albert y Sofía veían el transcurrir de las estaciones y cómo iban creciendo los niños. Pero por lo demás, todo seguía igual. Su vida proseguía por los viejos carriles de costumbre. Ganase dinero o no, Albert tenía que seguir haciendo cristal, pues mientras trabajaba se sentía feliz. No le preocupaba que las piezas se vendieran o no. Mientras trabajaba, se olvidaba de todo lo demás y se sentía

contento.

¡Cuánto le hubiera gustado poderse quedar en el taller, sin tener que ir a las ferias! Pero en realidad, este era el único medio que tenía de vender, ya que en el pueblo poca gente necesitaba alguna vez copas de cristal, y vendiendo sólo allí no se sacaba para comer.

En cambio, Sofía siempre esperaba con ilusión la llegada de las ferias. Vivía para ellas. Y esta primavera Albert había prometido llevarla. Ya los niños eran mayorcitos, y la feria de Blekeryd caía este año a últimos de mayo, más tarde que de costumbre, por lo que era de esperar que hiciera buen

tiempo.

No había feria en que Sofía no confiara en que Albert iba a tener un gran éxito. Algún día tenía que ser, pensaba. Alguna vez tendrían una racha de buena suerte. ¿Y por qué no esta próxima feria? Sí, en cada feria estaba segura de que iba a ser esta vez, que AHORA iba a suceder. Albert vendería todo, desde las copas hasta el último bol.

De esta manera, mientras cargaban de cristal el carro, infundía confianza a Albert, hasta el extremo de que al final también en él prendió la esperanza. Cuando partieron aquella hermosa

mañana de mayo, iban llenos de alegría y esperanza.

El día era, además, maravilloso. Los cerezos silvestres estaban en flor y su aroma se extendía hasta muy lejos. Las simientes de diente de león flotaban sobre el recinto de la feria, atravesando los rayos de sol. En un día así, seguro que todo tendría que salir a pedir de boca.

Todo el mundo parecía tener el mismo pensamiento. Se había congregado una gran multitud poco corriente y había en la feria más diversiones que nunca. Un hombre había montado un guiñol. Había un tiovivo de

verdad y en unas casetas actuaban un encantador de serpientes y varios tragasables. Un organillero había traído un oso y otro un mono.

Además, habían dejado venir a muchos más niños. Los gitanos, desde luego, siempre traían con ellos a sus graciosos niños, pero también se veían otros muchos. El lugar, rebosante de críos, resonaba con su alegre griterío.

Cuando Sofía vio aquello, le dijo a Albert que se alegraba de haber traído a Klas y Klara, pues realmente los niños necesitaban un poco de diversión. Albert estaba de acuerdo.

¡Había tantas cosas que podían ver

los niños!...

Había una tienda de muñecas que, verdaderamente, despertaba admiración. Una señora ya anciana las había hecho todas ella misma. Estaban de pie o sentadas en los estantes, o colgaban de las vigas sujetas por cordeles. Eran grandes, casi como niños pequeños, de preciosos ojos azules y pelo rizado. Los vestidos eran tan reales y estaban tan bien hechos, que cuantos las veían quedaban maravillados.

En aquella tienda siempre había mucha gente, madres con sus hijas que disfrutaban tocando los vestidos y acariciando las cabezas de las muñecas.

Pero no todos podían comprarlas, pues eran caras. Muchos tenían que esperar a ver cómo marchaban sus propias ventas, antes de pensar en comprar una muñeca. Sólo la gente rica de la ciudad podía comprarlas sin tener que pensarlo.

Sofía y Klara ya habían pasado por la tienda de las muñecas varias veces para ver cuál era la que más les gustaba. Eligieron una de las más grandes y de más precio, y aunque ninguna de las dos creía en serio que la muñeca pudiera llegar a ser suya, soñar no cuesta nada. Su rubia cabellera estaba recogida en dos largas trenzas; llevaba una capa de raso negro y un pañuelo color lila. No

había palabras para describir lo bonita que era.

Cada vez que Sofía iba con Klara a ver la muñeca, ambas tenían miedo de no encontrarla porque la hubieran vendido. Pero, por raro que parezca, aún estaba allí colgada en su rincón, balanceándose de su cuerdecita.

Era como si las estuviera esperando, pensaban las dos.

Y sucedió que Albert remató la venta de un par de copas, lo que hizo aumentar las esperanzas de Klara y también las de Sofía. Quizá después de todo...

Desde luego, el otro soplador de

cristal con quien Albert compartía la tienda, como de costumbre, vendía mucho; pero esta vez no había llevado mucho género. Y como lucía el sol y la gente estaba animada, tenían ganas de comprar.

Antes de que acabara la mañana, su competidor había vendido ya todo, así que la gente comenzó a acudir a Albert. Se le dio realmente bien y pronto Sofía tuvo que ayudarle.

Por esta causa no podía estar todo el tiempo pendiente de los niños, pero les dijo que no se alejaran; y obedecieron. Al principio se portaron bien, pero de repente a Klara se le ocurrió ir a ver

otra vez a la muñeca.

Se marchó con Klas. Sabía muy bien el camino, pues lo había recorrido varias veces con su madre. Pero ¡había tanto que ver por todas partes! ¡Y qué apreturas, con la gente que iba de un lado para otro! Arrastrados por la multitud, iban como todos los demás, trotando de acá para allá.

A veces se les acercaban algunos gitanillos y jugaban un rato con ellos. Después se marchaban otra vez y andaban... andaban... andaban...

Sofía se dio cuenta de repente de que los niños no respondían cuando les llamaba. Salió corriendo de la tienda.

No se les veía por ninguna parte. Preguntó a los comerciantes más próximos, pero no sabían nada. Le decían que no podía pasar nada; los niños estarían perfectamente. ¿Por qué no miraban un poco por los alrededores?

En un día tan hermoso como aquel, nada había que temer.

Eso era verdad... Sofía tampoco estaba realmente asustada, pero le dijo a Albert que tenía que quedarse solo un momento porque ella tenía que ir a buscar a los niños. No quiso decirle lo que había sucedido por no preocuparle sin necesidad. Y ahora que lo pensaba,

Sofía estaba segura de que Klara habría ido a la tienda de las muñecas.

Allí se dirigió Sofía apresuradamente. Como siempre, estaba llena de gente; pero sus hijos no se encontraban allí. Hizo una descripción de ellos y preguntó si alguien los había visto. Pero no, no habían aparecido por allí, al menos recientemente.

En ese caso, pensó Sofía, ya estarán de vuelta; y se marchó a toda prisa. Pero luego decidió que, puesto que ya estaba allí, podía ver si la muñeca de la capa de raso seguía todavía sin vender. Después de todo, si la venta continuaba tan bien el resto del día, quizás pudieran

comprarla.

Pero la muñeca ya no estaba.

Entonces se sintió verdaderamente abatida. ¡Pobrecita Klara, qué desilusión iba a sufrir! Pero Sofía quiso enterarse de si efectivamente ya habían vendido la muñeca o si, quizás, la habían descolgado y por eso no estaba a la vista. Se abrió paso entre la gente para llegar hasta la anciana.

Sí, así era, habían vendido la muñeca.

—¡Ay, qué pena! ¿Quién la ha comprado? —preguntó, aunque la pregunta se la hacía más bien a sí misma. Pero... ¡qué extraña fue la

respuesta que obtuvo!

La anciana le dijo que una niña pequeña había llegado y comprado la muñeca. Y que, en su opinión, era un escándalo que se permitiera a niños pequeños ir solos a comprar cosas tan caras. Con la niña no iba ninguna persona mayor, sólo su hermanito. Era el colmo, había añadido la anciana, mandar a unos niños con tanto dinero...

Sofía, presa de un atroz presentimiento, preguntó qué aspecto tenían los niños. Por lo que oyó, no cabía la menor duda: eran Klas y Klara. Estaba muy asustada, aterrorizada. ¿De dónde podrían haber sacado tanto

dinero?

Preguntó a la señora en qué dirección se habían marchado, pero no lo sabía. Solamente se había fijado en lo inmensamente feliz que parecía la niña al marcharse con la gran muñeca en los brazos, y en su hermanito, distraído, caminando tras ella.

¿Cuánto tiempo hacía ya de eso? La anciana creía que una hora por lo menos.

Con el corazón golpeándole de miedo, Sofía volvió corriendo a la tienda. Quizás ya hubiesen regresado los niños. Seguro que habían tardado en dar con el camino. No habría sido fácil para ellos encontrarlo entre aquel gentío de

personas mayores.

Pero los niños no estaban con Albert. No los había visto. Cuando Sofía le contó lo sucedido, palideció, presa del pánico. Dejó lo que estaba haciendo y salió precipitadamente a buscarlos.

Había que tener en cuenta que el recinto de la feria era muy grande. Pudiera ser que se hubieran alejado demasiado. Y no todo el mundo es amable y cariñoso, dijo Albert.

Nunca se sabe la clase de gente que acude a las ferias.

Sofía trató de calmar a Albert: Era un día realmente espléndido y todo el mundo se sentía feliz y contento. Tenía

que convencerse de que nadie iba a hacer daño a dos niños pequeños.

Albert no contestó. Con la cara tensa por el esfuerzo, indagaba sin descanso. A todos preguntaba y todos respondían lo mismo: el lugar estaba plagado de niños. ¿Cómo iba uno a poder recordar a todos los que había visto? Le prometían que estarían al tanto, pero que en realidad nada había que temer. Tenía que darse cuenta de que es corriente que los niños traviesos se escapen y se escondan.

Pero las horas transcurrían, el día se acababa y empezaba a anochecer lentamente. Albert y Sofía habían

abandonado por completo su tienda. ¡Precisamente en la única ocasión en que habían tenido oportunidad de vender! Quizás se habían jactado y enorgullecido demasiado por su éxito.

Continuaron buscando, errando como almas en pena. Otras personas les ayudaron, comprendiendo que aquello empezaba ya a ser preocupante, pues ningún niño jugando suele permanecer tanto tiempo escondido.

En el mejor de los casos, seguro que estarían hambrientos y sedientos.

Finalmente buscaron en los carrromatos que había en el bosque, alrededor del recinto de la feria. Tal vez

al llegar allí no supieran por dónde tirar, y al sentirse cansados se habrían subido a alguno de ellos y estuvieran dormidos.

Pero tampoco estaban allí.

¡Habían desaparecido sin dejar rastro!

Su pista se perdía justo en la tienda de las muñecas. A partir de allí, nadie les había visto.

El día había sido templado, pero por la tarde comenzó a refrescar. Salió la luna, grande, pálida y brillante. El resplandeciente aire azulado estaba lleno de canciones y del ruido de risas y de juegos. Pero Albert y Sofía no veían ni oían nada de lo que sucedía a su

alrededor.

Sofía estaba fuera de sí. Iba dando traspiés junto a Albert y a punto estuvo de sufrir un accidente. Tropezó y cayó delante mismo de un gran coche, muy elegante, que avanzaba lentamente abriéndose paso entre la concurrencia. Era un carruaje negro, cerrado, tirado por dos caballos. Llevaba las cortinas de las ventanillas discretamente bajadas. Su paso despertaba curiosidad.

La gente que lo observaba hubiera quedado asombrada de haber sabido que tras aquellas cortinas, dos niños solitarios dormían profundamente uno en brazos de otro. Una muñeca grande, de

las de la feria, se había deslizado de la falda de la niña y había caído al suelo del coche.

Y éste fue el coche que casi atropella a Sofía. Rápidamente, el hombre que iba sentado en el pescante tiró de las riendas, y los caballos se encabritaron. Albert agarró a Sofía y tiró de ella hacia sí. El hombre miró sin inmutarse a la mujer que lloraba y que no había mirado por dónde iba. Luego, arreando a los caballos, arrancó, alejándose finalmente del gentío que llenaba las calles del recinto de la feria.

Lo último que vio el cochero fue a una anciana estrafalariamente vestida

que salió de repente de la oscuridad, tapando la luz de la luna y que rebullía a poca distancia del coche. Llevaba una capa con un gran cuello flotando y parecía un pajarraco.

Al pasar, ella le lanzó una mirada tan penetrante que le causó al hombre un extraño sobresalto. La anciana permaneció quieta, mirando al coche hasta que desapareció de su vista tras una curva de la carretera. Entonces el cochero se tranquilizó, pues hasta aquel instante había sentido la mirada de aquellos ojos clavada en él.

Viajaron toda la noche. Hacia el Norte. Nadie supo qué carreteras habían

tomado.

Los bosques estaban oscuros y silenciosos, lo que permitía oír el canto de la ninfa de las aguas. Era muy peligrosa, sobre todo para los jóvenes. Pero el cochero no miraba ni a derecha ni a izquierda, pues ya era viejo y no se dejaba seducir.

Iban por carreteras plateadas por la luna, entre campos llenos de musgo y hormigueros, donde bailaban las luces de los fuegos fatuos. Viajaron hasta que la luna se desvaneció y el aire comenzó a llenarse de los murmullos del viento. Llegó la mañana y aún viajaban. Blancas mariposas aleteaban por la carretera.

Habían viajado durante toda la noche y todo el día y los niños seguían durmiendo tranquilamente en el interior del coche.

# Segunda parte

---

Los ignorantes  
nunca saben  
que son muchos aquellos  
a quienes el éxito  
adormece.

Un hombre es rico,  
otro es pobre,  
pero al final eso nada  
cuenta.

**HAVAMAL**

---

# 7

LA casa se hallaba en una ciudad extraordinaria que ya no existe, llamada la Ciudad de Todos los Deseos.

La cercaba una alta muralla, con torres, almenas y torreones, y a su vez estaba rodeada de agua, pues había sido construida en una isla del Río de los Recuerdos Olvidados. Se decía que era inaccesible.

Los grises adoquines y las negras hileras de faroles se extendían a lo largo de sus calles desiertas. Estas confluían, se cruzaban, se prolongaban, pero donde

debiera haber habido casas, no había nada. Sólo había aquella casa, ninguna más.

Al atardecer, todas las farolas de las calles se encendían. Pero nadie paseaba por allí puesto que los que vivían en la casa rara vez salían, y cuando lo hacían era en coche.

Era una casa de piedra oscura, alta e inmensa en su soledad, de aspecto triste y melancólico.

El fundador de la Ciudad de Todos los Deseos era un hombre de gran fantasía. Era tanto lo que quería hacer, que lo único que hizo en su vida fue reflexionar acerca de sus sueños. Dio el

nombre a la ciudad y eso fue todo. Su hijo construyó la casa y trazó las calles, pero a él también le llegó el fin. Tuvo que dejar el resto para que lo realizaran sus descendientes.

Uno de ellos era el Señor que ahora habitaba allí. Su contribución fueron las farolas de las calles. Algo extraordinario, dado que en aquella época eran pocas las ciudades con alumbrado en las calles.

Pero tenía algo más en que pensar.

Pues era el caso que su esposa, la Señora, se sentía muy desdichada.

Lo poseía todo: belleza, riqueza y poderío. Su esposo satisfacía sus

menores deseos. No tenía por qué estar sola, pues aunque en la ciudad no habitaba nadie, en el campo de los alrededores vivía bastante gente. Pero no quería ver a nadie; hacía una vida retirada.

Las personas a quienes no agradaba, decían que se comportaba de aquella manera sólo por hacerse la interesante, pero no era cierto. La verdad es que la abatía una gran desesperación.

Todos compadecían al Señor, tan amable, complaciente y abnegado. Siempre estaba pendiente de ella y le preguntaba qué era lo que deseaba. ¿Y cuál era la contestación que recibía?

Pues bien, algo parecido a esto:

—¿De qué sirve querer algo si todos mis deseos se ven satisfechos?

O bien:

—¿No te das cuenta de que cuando vienes con todos tus regalos se acaban mis deseos?

Aquello era algo que el Señor no podía comprender; ni tampoco los demás. La gente se apresuraba a santiguarse y pensaban que había motivos para dudar de su cordura.

El Señor de la Ciudad de Todos los Deseos era un hombre joven y guapo y él lo sabía. Había nacido rico y poderoso. A nadie tenía que agradecer

nada, puesto que desde el principio todo había sido suyo.

Le gustaba hacer feliz a la gente, hacer regalos y satisfacer deseos. Siempre había actuado así, ya que, además, era bueno y amable.

¡Qué gran satisfacción experimentó cuando conoció a aquella pobre muchacha cubierta de andrajos que no tenía nada en el mundo! ¡Qué alegría la suya al convertirla en la Señora de la Casa en la Ciudad de Todos los Deseos!

Era una alegría que nunca tendría fin.

Ella, que nada había tenido ni nunca había sido nada... a través de ella, él

podría experimentar esa alegría una y otra vez.

Lo único que le pedía era que tuviera siempre a punto un deseo que expresarle. Un deseo para que él pudiera satisfacerlo.

En su opinión, éste era un ruego muy sencillo; sería para ella muy fácil complacerle.

Pero todo lo contrario; se comportó de un modo extraño. Se encerró en sus pensamientos y dijo que ya nada anhelaba puesto que había sido despojada de todos sus deseos.

Ahora bien, existía una palabra por la que el Señor sentía una especial

predilección.

Era una pequeña palabra: «Gracias».

Una palabra poco común. Pues aunque en sus oídos sonaba dulce y agradablemente, en su boca le producía un sabor desagradable. Lo sabía bien, porque lo había experimentado.

En cierta ocasión, la señora había bordado un par de zapatillas para regalárselas, y cuando se las dio le dijo:

—¿Qué tal si me dieras las gracias?

Al principio no comprendió lo que quería decir y se echó a reír. ¿Decir él eso...? Seguro que hablaba en broma.

Pero no bromeaba. Hablaba en

serio. Le dijo que debía intentar hacerlo, para que supiera lo que se siente.

Desde luego que lo haría, si eso la hacía feliz.

Pero la palabra se le atragantaba y creía que jamás podría hacerla salir de su boca. Al final, no le quedó más remedio que escupirla.

La señora dijo que le había dado en la cara. Pero, después de todo, ¿por qué había tenido que forzarle? Comprendía que le costase mucho, puesto que nunca había tenido necesidad de utilizar esa palabra. Para los demás, naturalmente, resultaba más fácil.

Lo sucedido no fue obstáculo para

que dejara de agradarle escuchar la palabrita. Al contrario, notó que desde entonces el regusto al oírla aumentaba cada vez más.

Pero a partir de entonces siempre se ponía en guardia cuando la señora le obsequiaba con algo o le hacía algún favor.

Era un caballero tan sosegado, serio y prudente... Jamás se propasaba. Bastaría con que ella formulara un deseo para que todo fuera bien.

Pero ella se negaba.

Tan sólo había expresado un deseo:

—Me gustaría tener niños —dijo una vez—. Quisiera darte un hijo. Eso

fue lo que dijo. Dijo darte y entonces él comprendió que lo que ella quería era obligarle a darle las gracias otra vez.

Pero no cayó en la trampa. Era demasiado listo para eso. No obstante, el asunto le preocupaba mucho. Había formulado un deseo y estaba obligado a complacerla.

Había que conseguirle un niño. Un niño, o si no, un niño y una niña. No es que resultara imposible, pero constituía un problema. Tenía que pensarlo despacio y detenidamente mucho tiempo.

Después, se le ocurrió una idea que, poco a poco, comenzó a tomar forma en su mente.

En la feria de Blekeryd había visto dos niños pequeños que le habían robado el corazón. Eso fue hace un par de años, pero resulta que había vuelto a verlos la primavera anterior, cuando en compañía de la Señora pasó en coche por el pueblo de Nöda. Estaban en la carretera vendiendo anémonas y él les compró sus flores. Fue en aquella ocasión cuando la Señora dejó escapar una débil sonrisa y dijo que eran unos niños encantadores. Indudablemente le habían gustado.

¡Allí tenía a los niños que buscaba!  
¡Un niño y una niña!

El Señor no era un malvado; todo lo

contrario. Todo el mundo podía acreditar su bondad. Pero estaba ciego: sólo veía lo que quería ver.

Con la imaginación veía frente a sí al vidriero y a los niños. En su imagen no aparecía la esposa del soplador.

Pensaba en lo pobre que debía de ser un soplador de cristal y en la carga que supondría tener que cuidar de dos niños pequeños.

Significaría un gran alivio para el pobre padre que el Señor se llevara a los dos hambrientos pequeñines. Además, él les proporcionaría un brillante futuro. Algún día el padre se lo agradecería, aunque quizás en el primer

momento no comprendiera que era por su propio bien. Por desgracia, tal falta de comprensión solía ser frecuente.

Por lo tanto, el padre no debía enterarse de nada, al menos por el momento. Lo mejor sería apoderarse primero de los niños, para que el padre se fuera acostumbrando a la idea de su desaparición.

Después, paulatinamente, se le podría decir. O bien se le podría enviar cierta suma de dinero para que se consolara. Pero no había ninguna prisa. El hombre debería calmarse primero, para luego poder apreciar las ventajas del arreglo.

Efectivamente, era un plan soberbio.

Cuanto más pensaba el Señor en él, mejor le parecía. En cuanto a los niños, eran realmente deliciosos. Se veía que no estaban nada mimados. En principio, eso no dejaba de ser una ventaja.

A la Señora, que con tanta frecuencia padecía dolores de cabeza, no la molestarían los gritos y lloros de aquellos niños.

Y en cuanto a él, pensaba que unos niños ya crecidos le darían mayores alegrías, pues podrían comprender realmente lo que él hacía por ellos. Tenían edad suficiente para saber decir gracias.

Aquel pensamiento le puso de buen humor y así, contento con sus planes, salió para ordenar a su cochero que le llevara a Blekeryd.

Y esto era lo que había detrás de la desaparición de Klas y Klara.

# 8

PASO el tiempo. Ahora Klas y Klara vivían en la Ciudad de Todos los Deseos, y la Casa era su hogar.

No eran los mismos que un día desaparecieron del recinto de la feria de Blekeryd. Ahora eran unos niños ricos y nobles.

Pertenecían al Señor y a la Señora. Formaban parte de la casa.

No recordaban nada de su vida anterior. No se acordaban de Albert ni de Sofía. No sentían nostalgia ni experimentaban pérdida alguna, ya que

habían olvidado cuanto había sucedido anteriormente.

Sin que ellos se dieran cuenta, el cochero les había dado una pócima para que se quedaran dormidos durante el viaje.

Al despertar, se encontraron en una gran habitación verde, cada uno en una cama. No sabían de dónde habían venido ni dónde estaban. Todo les era desconocido, excepto ellos mismos. Pero se levantaron y comenzaron una nueva vida sin hacer preguntas. Para poder preguntar hay que saber algo. Y ellos nada sabían. Sólo algunas veces pasaba por su mente un recuerdo fugaz

del pasado, como un sueño desconcertante que desaparecía con igual rapidez.

Klas y Klara eran ahora unos niños muy bien educados. Klara llevaba siempre vestidos de seda, y sus cortas y gruesas coletas rubias se habían convertido en hermosos y largos tirabuzones. Klas vestía trajes de raso.

Su aspecto respondía al deseo que Sofía había formulado hacía ya mucho tiempo en la feria de Blekeryd, aquella vez en que había visto estrellas fugaces en el cielo.

Tenían además los juguetes más estupendos del mundo. Klara ya no tenía

que conformarse con peinar hebras de lino, puesto que poseía muñecas de pelo natural. Klas tenía un caballo de balancín que parecía de verdad.

Comían lo que más les gustaba, hasta que, hastiados de aquellos platos, se ponían a discurrir otros nuevos. La cocinera iba todas las mañanas a preguntarles qué querían comer, y no siempre les resultaba fácil saber qué contestar.

Finalmente, ya no se les ocurría nada nuevo que les apeteciera, y se sentaban con cara aburrida frente a aquellos platos que al principio habían sido sus favoritos. Pronto perdieron el apetito

por completo y comenzaron a adelgazar. Comían y comían, pues eran obedientes y hacían cuanto se les decía, pero, no obstante, adelgazaban y adelgazaban. Era un misterio.

El Señor y la Señora se mostraban siempre amables, pero no se preocupaban mucho de ellos. Les gustaba tenerlos allí, pues una casa tan grande permitía tener una pareja de niños como parte de la decoración. Además, era agradable verlos, tan aseados, tan bien educados. Pero claro, no es preciso dedicarles demasiado tiempo ni atención, sobre todo no siendo suyos, pensaba la Señora.

Aunque su presencia no la animó tanto como el Señor había imaginado, al menos los había aceptado. Aunque nunca decía mis niños sino los niños del Señor. «Son su hallazgo», solía añadir.

Al principio pasaba más tiempo con ellos. Disfrutaba cambiándoles de peinado y eligiendo nuevos vestidos para ellos, cosa que le sirvió de diversión durante algún tiempo. Después de arreglarlos a su gusto, les mandaba que la siguieran cuando paseaba por las largas galerías llenas de espejos de la Casa. En ocasiones, si el tiempo era bueno, paseaban por el pequeño jardín que, como una habitación más, se

hallaba situado en la parte central de la Casa.

Pero la mayoría de las veces caminaban por las habitaciones de los espejos. Iban por allí cogidos de la mano, sin apenas atreverse a mirar a los lados, pues les habían recomendado que se portaran bien y no apartaran los ojos de la Señora, por temor a cometer alguna falta.

Si alguna vez se detenía, también ellos tenían que hacerlo. Permanecía inmóvil un momento, mirándose pensativamente en el espejo. Los niños se quedaban mirándola ilusionados, pues a veces se volvía sonriente y decía:

—Creo que los niños me favorecen más que los perros...

Luego, inclinando la cabeza, volvía a sonreírles, lo que significaba que podían ir tras ella un poco más. La Señora era hermosa, pero parecía estar muy triste. Cuando les sonreía, mostrándose alegre con ellos, se sentían felices.

Antes de la llegada de los niños, solía pasear seguida siempre por un par de grandes galgos negros, de fúnebre aspecto. Jamás sonrió a los galgos.

Pero algunas veces, a Klas y a Klara sí les sonreía. Todo marchaba bien, hasta que una vez Klas se manchó de

mermelada el encaje del cuello, y Klara se arrugó el vestido. Entonces la Señora se cansó repentinamente de ellos y dijo al Señor que, pensándolo bien, los perros hacían resaltar más su belleza.

Entonces le dio por pasear de nuevo con los dos grandes galgos negros que, aburridos, olisqueaban el suelo con su morro puntiagudo.

Klas y Klara se sentían desgraciados, pues se habían esforzado en comportarse debidamente. El Señor también parecía estar muy abatido, pero no decía nada; jamás decía nada, tan sólo suspiraba.

A partir de entonces, los niños

estaban casi siempre solos y echaban en falta a la Señora; sobre todo Klara. Cierta día, Klara gritó: «¡Madre!». Se quedó silenciosa y perpleja pues ignoraba de dónde había sacado tal palabra; ni siquiera sabía su significado.

Nunca había llamado madre a la Señora. Jamás tenían ocasión de decir algo, a menos que les dirigieran la palabra, y entonces debían contestar tan sólo: «Sí, Señora» o «No, Señora».

Alguna que otra vez el Señor les gastaba bromas, y entonces podían reírse; pero no mucho ni demasiado alto, pues eso era una falta de educación. En las demás ocasiones, casi siempre se

limitaban a decirle: Muchas gracias.

La Casa estaba llena de largos corredores y enormes habitaciones. Era fácil perderse allí. Por todas partes reinaba un absoluto silencio; sólo oían el eco de sus pasos. Entonces, asustados, echaban a correr. Corrían cada vez con más miedo, pero uno no puede huir de sus propios pasos.

A veces tropezaban con alguien a quien no conocían. También entonces se asustaban, aun cuando sabían que tenía que ser alguien de la Casa, pues allí no podían entrar extraños.

Todos iban siempre silenciosos y de puntillas, para no dar ocasión a que la

Señora sufriera uno de sus dolores de cabeza. También los niños aprendieron a andar sin hacer ruido, y entonces el eco que se producía ya no se oía tanto. En la Casa había muchas escaleras, con alfombras tan gruesas y mullidas que no se escuchaba la menor pisada. Klas y Klara subían y bajaban por ellas con frecuencia. En las escaleras se sentían protegidos. Les parecía que no les oían y que no molestaban a nadie. Allí no estorbaban. Se pasaban las horas muertas subiendo y bajando las escaleras, jugando a que la Casa era una montaña.

Como la ciudad estaba deshabitada,

no tenían con quién jugar, ni tampoco en la Casa invitaban a otros niños. Pero eso les importaba poco a Klas y Klara, pues no conocían a otros niños aparte de ellos mismos.

Además, varias veces les había sucedido una cosa extraordinaria:

No les estaba permitido entrar solos en las habitaciones de los espejos. Cuando la Señora no paseaba por ellas, permanecían cerradas. Pero por toda la Casa había colgados otros muchos espejos.

Y sucedió que Klas y Klara vieron una vez a dos niños pequeños que desde el fondo de un corredor caminaban hacia

ellos. Les invadió una gran alegría. Echaron a correr y aquellos niños también corrieron hasta que se encontraron. Siempre coincidían frente al espejo.

Se quedaban allí y entonces ocurrían cosas raras, pues cuando inclinaban la frente y con ella tocaban el espejo, resulta que la apretaban contra la frente de los dos niños del otro lado. Podían mirar sus ojos, que siempre brillaban llenos de ilusión. Pasaban allí muchísimo tiempo mirándose y pronto Klas y Klara se dieron cuenta de que los únicos niños que podrían conocer en la Casa eran los Niños del Espejo.

Al principio, cuando se veían, se sentían menos olvidados y abandonados, como si compartieran su suerte con aquellos niños que no decían nada, a quienes nunca podían llegar a alcanzar ni tocar.

Pero llegó un día en que la sorpresa y la alegría desapareció del rostro de los Niños del Espejo; en sus caras sólo vieron tristeza e inquietud. Entonces Klas y Klara experimentaron un gran temor.

Creían poseer todo cuanto podían desear y que todo era maravilloso. Pero ahora sentían compasión por los Niños del Espejo. Querían hacer algo por ellos

y deseaban compartir sus penas. Y pronto tuvieron la impresión de que ya lo habían hecho, sin saber cómo había sucedido.

A partir de entonces ya no quisieron volver a verles y los esquivaban. Deseaban olvidar aquellos rostros tan llenos de tristeza.

En las escaleras no había espejos, así que allí buscaron refugio. En ellas podían jugar a que la Casa no era la Casa sino una vieja montaña sobre la tierra. En las escaleras siempre estaban solos. Y si eran desgraciados, lo ignoraban.

Porque eran las penas de los Niños

del Espejo las que les inspiraban lástima y no las suyas propias.

# 9

LA casa estaba llena de criados que se turnaban en el cuidado de los niños. Pero como siempre había criados nuevos, Klas y Klara nunca llegaban a conocerlos. Siempre estaban rodeados de gente extraña.

Cada mañana se encontraban con nuevas caras; voces extrañas les despertaban, manos extrañas les vestían, les peinaban, les servían los alimentos y retiraban los platos vacíos.

Jamás estaban seguros de si la próxima cara, voz o mano iba a ser

amistosa, amable y afectuosa, o bien tosca, áspera y peligrosa.

Al principio, Klas y Klara observaban con inquietud a cada uno de los criados, pero al poco tiempo no se preocuparon más. Se acostumbraron. ¿Qué importaba que tuvieran buen o mal humor? Al fin y al cabo, la próxima vez ya habría otro nuevo.

Una de las razones por las que se cambiaba con tanta frecuencia de sirvientes era porque rompían muchas piezas de cristal. La verdad es que últimamente eran muy descuidados. Por todas partes había piezas de cristal rotas. Eran repuestas inmediatamente,

pero pronto aparecían hechas añicos. Resultó imposible descubrir al culpable, pues todos lo negaban y se protegían uno al otro.

Por toda la Casa cundió una sensación de hostilidad y sospecha. Se espiaban unos a otros, y no obstante nadie era capaz de atrapar al culpable. No veían la forma de solucionarlo. ¿Habría alguien que rompía el cristal a propósito?

Al principio, el Señor y la Señora no se preocuparon. Compraban nuevas piezas y no decían nada. Pero cuando las cosas empeoraron cada vez más y los criados, sospechando unos de otros,

llenaban la Casa con el eco de sus disputas, se decidió que había que hacer algo.

El Señor ordenó a su viejo y fiel servidor, el cochero, que descubriera quién rompía el cristal.

El cochero era viejo y terriblemente serio. Su rostro parecía de piedra y nunca dejaba adivinar lo que estaba pensando. Su forma de moverse, suave y silenciosa, era impresionante, pues caminaba como si sus botas no tocaran el suelo sino que se deslizasen por encima. Sus pasos eran rígidos y como a sacudidas. Andaba por las habitaciones como una muñeca mecánica o una

marioneta manejada por cuerdas, lo que le daba una apariencia muy poco humana.

El cochero no dio cuenta a nadie de sus planes e ideas. Estaba seguro de que atraparía al culpable.

Lo primero que hizo fue procurarse una buena cantidad de piezas de cristal. Las fue dejando por distintas partes de la Casa, con objeto de saber al momento cuáles eran las que se rompían primero. Esto le permitiría averiguar de qué parte de la Casa procedía el culpable.

El siguiente paso fue dejar de nuevo más piezas de cristal en aquel lugar y esperar. Se movía por allí

sigilosamente, como una araña negra tejiendo su tela. Las puertas se abrían y cerraban como por sí solas, sin hacer ruido, cuando el cochero asomaba su severo rostro grisáceo para mirar, que desaparecía con la misma rapidez para volver a aparecer enseguida en la puerta de otra habitación.

Al ver aquello, los sirvientes movían la cabeza:

—Se está haciendo viejo —se decían uno a otro.

Y era cierto. Era viejo, aunque no débil. Pocos jóvenes se habrían movido con tanta rapidez como él. Era una cosa extraña, parecía estar en todas partes al

mismo tiempo.

Por eso resultaba más incomprensible que no pudiera pescar al culpable. Todo siguió igual. El cristal se rompía siempre en lugares donde daba la casualidad que él no estaba.

Y varias veces había oído romperse algo en mil pedazos justo en la habitación contigua, pero cuando abría la puerta no aparecía el menor rastro o indicio. En la habitación nunca había nadie, pero siempre encontraba una pieza hecha añicos en el suelo.

Nunca oía pisadas. Tenía que ser alguien que anduviera tan silenciosamente como él.

Y además, igual de astuto y cauteloso.

Era desconcertante. Se sentía frustrado, pero al propio tiempo algo le incitaba a proseguir aún con más ahínco. De vez en cuando, el Señor le preguntaba qué tal iba el asunto y si había descubierto alguna pista. Pero él no respondía; era maestro en el arte de permanecer callado. Por otra parte, tampoco le importaba no tener nada de qué informar.

Finalmente, se le ocurrió algo realmente genial.

Había cometido un error al dejar piezas de cristal en distintas

habitaciones, pues era conceder al enemigo demasiadas posibilidades.

Hubiera sido mejor haberlas dejado todas en el mismo sitio. Y no sólo una pieza, sino una buena cantidad.

De modo que preparó una gran mesa como para una fiesta, llena de copas y jarras de cristal. Colocó unos candelabros de altos brazos y los encendió para que el cristal brillase y refulgiera tentadoramente.

Luego abandonó la habitación. Cerró la puerta cuidadosamente para que nadie pudiera adivinar su plan. Pero no se alejó; se escondió en un gran armario vacío de la habitación de al lado. Tiró

lentamente hacia sí de la puerta para cerrarla, dejando sólo una rendija por la que poder ver a quien pasase por allí. Se esforzaba en escuchar con toda atención, ya que había otra puerta que daba a la habitación donde estaban las piezas de cristal y quizás el culpable pudiera utilizarla. Así que se quedó allí esperando pacientemente; pero no apareció nadie. Ni se oyó el menor ruido en la habitación contigua.

Acabó sintiéndose incómodo en el armario. Salió de él y fue andando hacia la puerta. Estaba muy deprimido. Abrió la puerta sin hacer ruido. En aquel mismo momento se oyó un estrépito.

Permaneció quieto en el umbral. Como de costumbre, su rostro permanecía impasible, pero sus brazos temblaban de impaciencia, ansiosos por caer sobre la presa. No daba crédito a sus ojos. Se detuvo un instante, pues no quería perder el menor detalle del extraño espectáculo que tenía ante sus ojos.

La luz en la habitación era tenue, mortecina, pues era invierno y ya anochecía. Las sombras se cernían sobre los rincones. Pero los candelabros de altos brazos brillaban alegremente en la mesa, iluminando a la única persona que allí había.

Era Klas.

Estaba subido en una silla junto a la mesa y sostenía una copa en la mano. El cristal refulgía y él lo miraba fijamente, con una extraña expresión en el rostro. Parecía estar a la vez apenado, desafiante y lleno de júbilo. Súbitamente, estrelló con toda su fuerza la copa contra el suelo y se pasó a la silla contigua para coger otra copa. Así dio la vuelta a la habitación, hasta dejar todas las copas hechas añicos en el suelo. Después se deslizó hasta el suelo y echó a correr. Iba descalzo y corría a toda velocidad, sin hacer ruido.

Pero allí estaba el cochero,

cerrándole el paso.

Era como una sombra más entre las demás sombras de la habitación.

Para atrapar a Klas no tuvo más que estirar el brazo. Todo sucedió en silencio, pues el cochero era maestro en permanecer callado y Klas se había quedado sin habla.

Se produjo un gran alboroto: ¡Quién iba a pensarlo! Los criados, de quienes se había sospechado, se sintieron ultrajados, anunciando en voz alta y tono irritado que ya no trabajarían más. A la Señora le acometió uno de sus dolores de cabeza y dijo una vez más al Señor que los niños eran cosa suya y que él

mismo tenía que ocuparse de ellos.

El Señor manifestó que estaba asombrado, y lo repitió varias veces. Los niños eran tan obedientes y estaban tan bien educados...

Dijo que, naturalmente, había que castigar a Klas y meditó sobre el problema durante largo rato. Luego habló con el cochero y éste fue en busca de una fuerte vara.

Al Señor le dolía, pero era preciso azotar a Klas por lo que había hecho, a fin de que nunca volviera a repetirlo. Esto es lo que dijo el Señor al mandar al cochero que azotara a Klas pero... no demasiado fuerte.

Pero Klas repitió el estropicio. Y entonces se ordenó al cochero que le diera más fuerte.

Y más fuerte. Y aún más fuerte. Pero Klas no desistía. Obligaron a Klara a que espicara a su hermano, pero no sirvió de nada. Klas engañaba a cualquiera. Desplegaba una astucia extraordinaria. Era más listo que un zorro y más rápido que una comadreja.

¿A qué se debería aquel comportamiento? Algo raro sucedía. La vista del cristal le resultaba insoportable y eso que su padre era soplador. Era verdaderamente desconcertante.

¿Sería quizá que los niños habían estado solos demasiado tiempo?

¿Podría ser esa la causa? El Señor decidió que había que buscarles una institutriz.

Y así fue como Nana entró en sus vidas.

# 10

NANA estaba comiendo cuando Klas y Klara la vieron por primera vez.

La Señora les llevó donde estaba Nana. Se hallaba sentada, ocupando gran parte del banco que había a lo largo de la mesa. Era por la tarde y, como las lámparas aún no estaban encendidas, la habitación se hallaba en penumbra.

Llevaba sujeta en la tirilla del cuello una servilleta de colorines. Al principio, lo único que los niños pudieron ver fueron los vivos colores de la servilleta.

Luego, al alzar los ojos, vieron una

enorme boca abierta, en la que un trozo de pastel se agitaba de un lado para otro hasta convertirse en masa. La contemplaron atónitos hasta que engulló la pasta y cerró la boca, tras lo cual, les obsequió con una amplia sonrisa.

Nana les dio las buenas tardes y la Señora los dejó a su cargo.

En aquel momento, los criados trajeron otro plato. Nana abarcó con una mirada glotona la comida y a los niños, una mirada que parecía decir: «¿Estarán sabrosos?».

El plato fue de su agrado, pero respecto a los niños, tenía sus dudas. Los examinó con sus inquietantes

ojillos, y al momento se dio cuenta de que se sentían desgraciados.

Le gustasen o no, la opinión que tuviera de ellos carecía de importancia puesto que, en cualquier caso, los devoraría. Así era ella.

No hay palabras adecuadas para describir apropiadamente la corpulencia de Nana. Era una persona de un cuerpo y una fuerza enormes.

El Señor pensó que una institutriz gruesa sería indudablemente lo mejor, y precisamente por ello eligió a Nana.

Le dijo a Nana que no quería tener más problemas con los niños. Y, desde luego, no los tuvo. No tuvo que

preocuparse más de ellos ni de volver a verlos, si no lo quería, ya que vivían prácticamente encadenados al cuerpo de Nana. No los perdía de vista ni un instante.

A partir de entonces, Klas y Klara carecieron de vida propia. Vivían la de Nana. Igual que la pequeña y silenciosa cacatúa que le servía de compañía a Nana.

Era un aterrorizado animalillo que, acurrucado en su jaula, escuchaba atentamente todo cuanto decía Nana. Cuando ésta se volvía hacia ella, asentía ansiosamente, para demostrar que la escuchaba y estaba de acuerdo con lo

que decía. De vez en cuando, sus aterrados ojillos parpadeaban y su pobre cuerpecito se contraía y se crispaba.

Nadie sabía si la cacatúa era muda de nacimiento o había perdido el habla a causa del torrente atronador de las palabras de Nana. El único sonido que ahora emitía era un chillido agudo que parecía penetrar hasta la mismísima médula de los huesos. Afortunadamente no chillaba muy a menudo, sino tan sólo en contadas ocasiones, mientras dormía. Era imposible llegar a acostumbrarse a aquel sonido, que hacía que la sangre se helara en las venas. Era un chillido que

parecía expresar toda la tristeza del mundo.

La cacatúa se llamaba Mimí.

Klas y Klara estaban impacientes por hacer amistad con Mimí, pero nunca llegaron a conseguirlo porque Nana no se lo permitió. Mimí siempre estaba con la mirada fija en Nana. Jamás miraba a los niños. Parecía ignorar su existencia.

Pero pronto les sucedió lo mismo a Klas y a Klara. También tenían que estar siempre pendientes de Nana, pues de lo contrario, las cosas podían irles muy mal.

Nana tenía necesidad de comer algo cada dos horas. Le preparaban una

suculenta mesa y entonces ella se sentaba en un lado y los niños frente a ella. La mesa crujió bajo el peso de los platos y de las fuentes rebosantes de comida. A Nana nunca le era difícil organizarse apetitosos festines. Pero los niños, obedientemente, sólo comían cuando se les ordenaba. De no ser así, se limitaban a permanecer sentados, con la mirada fija en la cubertería de plata o en las enormes mandíbulas de Nana abiertas de par en par.

Mimí estaba en su jaula, próxima a Nana, que la alimentaba sin cesar con semillas de higo que guardaba en una bolsa. Mimí las comía y se las tragaba,

sumisa y delicadamente, con la misma seriedad que habría podido demostrar una pequeña colegiala. Era enorme la cantidad de semillas con que se la podía atiborrar. Era algo asombroso, dado que Mimí no era un pájaro muy grande.

Después de comer, Nana bostezaba, soñolienta. Tenía que echarse a dormir para hacer la digestión. Entonces Mimí, a una mirada de Nana, parecía quedar bajo los efectos de un extraño somnífero puesto que inmediatamente comenzaba también a bostezar.

Nana descansaba en una enorme cama con dosel que habían llevado a la habitación de los niños. Tan pronto

como se echaba, caía dormida. Entonces era como si en la habitación se hubiera producido un huracán; se iniciaba con un murmullo que se convertía en un bramido hasta que, por último, atronaba. Las cortinas, agitadas por la fuerza de su respiración, semejaban velas y la cama se balanceaba como un barco en un mar embravecido.

La jaula de Mimí, que pendía colgada de un gancho bajo el dosel, oscilaba peligrosamente, pero Mimí, escondida la cabeza bajo un ala, dormía profundamente como si no pasara nada de particular. Nunca se despertaba antes que Nana.

Claro está que Klas y Klara también tenían que echarse, pero nunca se dormían. Allí se quedaban, abandonados y sobrecogidos de temor, hasta que amainaba la fuerte tormenta y Nana despertaba.

Nunca dormía más de un cuarto de hora. Puntual, Mimi se despertaba al mismo tiempo.

Cuando se despertaba, Nana resultaba terriblemente severa y peligrosa. Era entonces cuando se encargaba de la educación de los niños. Poseía un enorme baúl de donde, rebuscando, sacaba pilas de libros, ábacos y pizarras. Entonces comenzaba

la clase.

Hacía preguntas a Klas y Klara sobre las materias que contenían los libros.

Saltaba de uno a otro tema, de un libro a otro. Cada vez que cerraba un libro lo hacía con tal violencia que hacía saltar a los niños. Esto lo repetía una y otra vez.

Estaban allí como atontados, como bobos. No sabían nada. No aprendían nada. No comprendían nada.

Cuando se dio cuenta de lo torpes que eran, decidió planear su educación. Solía corretear alocadamente por la habitación agitando tanto los brazos, que

sus pequeñas gafas se deslizaban hasta la punta de su enorme nariz, donde se agitaban y brincaban con violencia.

De su boca fluía un torrente de advertencias, amenazas y regañinas. De repente, se paraba en medio de la habitación y gritaba:

—¡REPETID LO QUE ACABO DE DECIR!

Entonces se producía un embarazoso silencio, pues Klas y Klara eran incapaces de pronunciar una sola palabra. Invadidos por un pánico cerval, se quedaban con la espalda apoyada en la pared para que Nana no los aplastara. Parecían petrificados. No podían pensar

en nada.

Como no respondían a sus preguntas, entonces Nana les pellizcaba.

Tenía las manos y los pies extraordinariamente pequeños y ágiles. Desde luego sus pies debían de ser muy resistentes, dado el peso que tenían que soportar. Y en cuanto a sus dedos, también poseían una gran fuerza, como Klas y Klara bien podían atestiguar.

Cada vez que Nana les pegaba, afirmaba que jamás había tratado con niños tan mal criados. ¡Era imposible educarlos! ¡No podía con ellos!, decía, soplando y jadeando como un fuelle. ¡Eran un caso desesperado!

Pero peor, mucho peor aún eran sus clases de canto. Era entonces cuando hubieran preferido ser mudos, como Mimí. Nana era muy exigente respecto al canto.

Les decía que su profesión hubiera sido la de cantante si no fuera por el mal oído que tiene la gente. Y ahora quería averiguar si a Klas y a Klara les sucedía lo mismo. Así que se ponía en medio de la habitación y les ordenaba que escucharan con atención. Ella cantaba primero y después pretendía que los niños la acompañaran.

Pero cantaba tan fuerte, tan ensordecedoramente fuerte, que el

miedo paralizaba las gargantas de Klas y Klara. Lo único que lograban era emitir un débil y ronco piar.

Nana descubrió entonces que también ellos tenían mal oído, lo que hacía preciso pellizcar unas orejas tan malas como aquellas. Jamás en su vida había encontrado oídos tan poco musicales, aseguraba mientras les pellizcaba.

Y así transcurrían los días, uno tras otro.

Klas y Klara se sentaban a la mesa, contemplando a Nana mientras comía. Echados en sus camas, oían dormir a Nana. Con sus espaldas contra la pared,

arrostraban las enseñanzas de Nana.

Estar bajo el cuidado de Nana significaba haber caído en sus garras.

# 11

EL Señor y la Señora estaban muy contentos con la institutriz. Era, además, estupendo cómo enseñaba a los niños, aunque eso no fuera muy necesario. Quizás resultaban algo molestas sus frecuentes lecciones de canto, que Nana daba en notas agudas, pero les explicó que los niños tenían mal oído y por ello tenían que practicar a menudo; la culpa no era suya.

Y desde que Nana llegó a la Casa no había vuelto a romperse ninguna pieza de cristal. No se podía negar que era

estupenda.

Sólo quedaba una cuestión: se podía pasar por alto que tuviera que comer cada dos horas, pero sus siestas tras las comidas resultaban realmente embarazosas. No porque durmiera, sino por el ruido que hacía; trastornaba toda la Casa.

Cada dos horas, y por espacio de quince minutos, los trabajos de la Casa se paralizaban. Se miraban unos a otros consternados: Ya está Nana durmiendo otra vez.

Era algo así como un retumbar de truenos. Nada podía hacerse para impedirlo; había que esperar a que

pasara la tormenta. No es que nadie se sintiera asustado, pero sí irritados e inquietos, incapaces de hacer nada hasta que aquello acabara.

Eso es lo que pasaba mientras Nana dormía.

La Señora sufría más que nadie, pues su dormitorio estaba exactamente debajo del de los niños. La tormenta se desencadenaba justo sobre su cabeza, pero no estaba dispuesta a cambiar de habitación sólo por culpa de Nana. Pero últimamente ya era el colmo.

Lo que decidió fue trasladar a Nana y los niños al otro lado de la Casa. Pero Nana rehusó. Se negó rotundamente.

Aquella habitación le gustaba. Allí tenía su baúl lleno de libros escolares y la maleta con todos sus trajes, que siempre llevaba consigo por si alguna vez se convertía en cantante de ópera, que es lo que debiera haber sido si el oído de la gente fuera algo mejor. Decía esto mirando con aire tan acusador a las orejas de la Señora, que ésta decidió retirarse. No se sentía con humor de discutir de oídos con Nana.

Otra vez, cuando el Señor trató sosegadamente de hacer ver a Nana que, si era necesario, la maleta y el baúl podían trasladarse con ella, le traspasó con una mirada tan feroz que le hizo

temblar:

—¡NO ME CAMBIARÉ! —atronó Nana; y ya no se volvió a hablar más del asunto. Había que buscar otra solución.

Un día, el Señor llegó a casa con un gran frasco de píldoras para evitar los ronquidos. Puesto que servían para aminorar los ruidos, pensó que también podrían aliviar a Nana. Lo único que había que hacer era persuadirla para que las tomara. Pero como se irritaba con facilidad, había que andar con cuidado para no molestarla.

Cuando una mañana apareció quejándose de agotamiento, el Señor se apresuró a buscar el frasco de las

píldoras. Le dijo que esas píldoras le proporcionarían mucha más energía y que tomara una en cada comida.

Nana tomó las píldoras y todos se quedaron esperando con emoción.

Pero el único resultado fue que en lugar de quince minutos ahora dormía media hora. Los espantosos ruidos continuaron igual que antes, y Nana fue a ver al Señor para darle las gracias, y le dijo que seguiría tomando las píldoras porque se notaba con más energías.

Así que desde entonces la Casa quedaba paralizada el doble de tiempo. ¡Era una catástrofe!

La Señora tenía que tomar pastillas

para calmar los nervios, y ponerse tapones en los oídos. Estaba pálida y parecía muy agotada. Y no había nada que se pudiera hacer, pues todo el mundo creía que el trabajo de Nana era muy importante. Todo en la Casa dependía de ella. O por lo menos, eso decía la gente; en realidad lo que sucedía es que nadie se atrevía a enfrentarse con Nana. Todos se daban cuenta de que el propósito de Nana era quedarse allí mientras le apeteciera. Desde que llegó, era ella quien daba las órdenes. Esa era la triste realidad.

Klas y Klara eran los únicos que se aprovechaban del sueño de Nana. Por

extraño que parezca, llegaron a considerar sus siestas como momentos tranquilos y llenos de paz. Significaban un poquito de libertad. A pesar de todo, Nana resultaba menos peligrosa mientras dormía. De manera que las siestas de media hora eran el doble de buenas para ellos.

Mimí también dormía todo ese tiempo, así que cuando ambas caían dormidas, los niños se bajaban de sus camas y salían de la habitación silenciosamente. Pero cuando Nana despertaba los encontraba de nuevo en sus camas.

Tenían mucho cuidado en no regresar

demasiado tarde, ya que las siestas de Nana eran los únicos momentos libres de que disponían.

En realidad, poco podían hacer en la Casa; pero eran libres y eso era suficiente. Por lo menos para empezar.

Como de costumbre, subían y bajaban las escaleras y se divertían con su antiguo juego: imaginar que la Casa era una montaña. Pero en cierto aspecto, la Casa resultaba ahora más peligrosa que antes. Parecía como si cada día fuera más grande y más oscura, más horrible y espantosa. Ya resultaba inútil imaginar que era una montaña. Ahora se había convertido en amenazador

picacho. Retumbaba sin cesar, como si allí hubiera un gigante, listo para saltar; un gigante durmiente que podía despertar en cualquier momento.

Klas dijo que quería jugar a que iban a huir de la montaña. No sólo quería subirla y bajarla. Algunas veces quería marcharse. Pero Klara no sabía cómo se jugaba a eso. Quizás ni siquiera existiera tal juego. Quizás hubiera montañas de las que nunca podía uno escapar.

¡Ya no sabían a qué jugar!

Estaban en el centro de la Casa, en una interminable escalera de dos tramos, con aquel estruendoso ronquido en torno

suyo, que a veces aumentaba y otras disminuía. Súbitamente se dieron cuenta de su total soledad. No era simplemente que estuvieran solos —a veces a la gente le gusta estar a solas— sino que estaban abandonados, lo cual era muchísimo peor. Nadie quiere sentirse abandonado.

Bajaron precipitadamente los escalones.

Por vez primera se dieron cuenta de lo grande que era la Casa. Se sentían incómodos y perdidos, como si en realidad estuvieran disminuyendo de tamaño. La Casa sé los tragaba; jamás encontrarían una salida, y cada vez se

irían haciendo más y más pequeños. Esa era la sensación que experimentaban.

Entonces, en medio del estruendo que llegaba de arriba, de abajo, de todas partes, sus oídos percibieron unos sonidos débiles y cortos: tic-tac, tic-tac. Escucharon llenos de emoción. Eran los relojes que por toda la casa medían el tiempo. Había relojes por todas las habitaciones, al igual que espejos.

Desde donde los niños estaban sentados, podía oírse al unísono el tic-tac de todos los relojes. Era como si todos aquellos sonidos de tic-tac hubieran sido lanzados para que llegasen a aquel preciso lugar. Y Klas y

Klara escuchaban entusiasmados: en cierto modo, aquel sonido proporcionaba un consuelo, un poquito de esperanza.

Los relojes se oían a pesar del estruendo de los ronquidos. No se habían parado; seguían haciendo tic-tac como si la vida dependiera de ello.

En aquel momento, Nana, aún dormida en su cama, pareció notar que los niños no la escuchaban y eso era imperdonable. Dejó escapar un gran resoplido que sumió en el más absoluto silencio a todos los relojes de la casa.

A semejanza de una enorme ola que llegase al cielo, el ruido se elevó

ahogando todos los demás sonidos de la Casa. Una vez más, Nana estaba al mando. Ella, sólo ella.

Klas y Klara se pusieron de pie, cogidos de la mano. Subieron despacio las escaleras, más tristes que nunca. Ahora toda esperanza se había desvanecido. Ya no existían ni siquiera los relojes. Nana había vencido incluso al tiempo. Ya sólo se oiría a ella, por siempre jamás.

Torcieron por el corredor donde, hacía ya tanto tiempo, solían encontrarse con los Niños del Espejo. Eso era antes de que llegase Nana. En aquellos tiempos hicieron suyas las penas de

aquellos niños, porque ellos, Klas y Klara, no tenían ninguna. Pero ahora sí que tenían, eran los niños más desdichados del mundo. Y pensaron que quizás los Niños del Espejo pudieran ayudarles. Podría ser que hubieran vuelto a ser felices.

Sí, era preciso llegar hasta los Niños del Espejo.

Echaron a correr, pero pronto se cansaron. El corredor era muy largo. Anduvieron más y más. ¿Por qué los niños no salían a su encuentro? ¿Por qué no se veía por allí a ningún niño? Por fin llegaron hasta el espejo donde solían encontrarse, donde solían apretar sus

frentes contra la luna, con sólo el cristal de por medio.

Pero esta vez no vieron a los Niños del Espejo. Allí no había nadie.

Y entonces Klas y Klara comprendieron que los Niños del Espejo habían dejado de existir.

# 12

TODAS las noches el Señor iba de ventana en ventana para cerciorarse de que todas las farolas de las calles estaban encendidas. Siempre las encendían, pero no obstante él quería comprobarlo.

Desde lo alto de la casa, parecían hileras de diminutas pepitas de limón. Resultaba fácil ver al instante si había alguna apagada. Pero como esto no ocurría jamás, todas las noches el Señor se quedaba satisfecho.

Por lo demás, no tenía muchas cosas

de que alegrarse.

La Señora no abandonaba el lecho, pues estaba enferma. Los médicos afirmaban que no tenía nada, pero ella se negaba a levantarse.

Ya nada la distraía. Absolutamente nada.

El Señor paseaba por sus habitaciones de un lado para otro, sumido en sus pensamientos. Era persona tranquila, nunca perdía la calma, pero ahora juzgaba que la actual situación se prolongaba con exceso. Ya era demasiado. Pese a su empeño por ocuparse él de todo, nunca se lo agradecían. Había pasado ya mucho

tiempo desde la última vez en que alguien le diera las gracias.

El Señor se decía a sí mismo que, sin lugar a dudas, él era la única persona inteligente en todo el mundo. Fue el único en darse cuenta de lo que le sucedía a la Señora. Toda su enfermedad consistía en que no deseaba nada. Estaba claro como el agua. ¿Pero qué podía hacer él para que ella lo comprendiera por sí misma? Nada, era inútil. Cuando él le hablaba, ella se limitaba a suspirar, a decirle que se callase o bien rompía a sollozar.

Y jamás le había dado las gracias por los niños. La verdad es que a la

vista de lo desagradecida que era, debería haberlos devuelto. Pero ahora pertenecían ya a la Casa. Incluso les había puesto una institutriz. Sí... Nana.

Desasosegado, deambulaba de ventana en ventana. Nana también era de la Casa. De nada servía discutir con ella. Y eso era algo que la Señora debería comprender. Nana era en realidad una persona extraordinaria. Menos cuando estaba durmiendo.

Ahí estaba el quid: siempre y cuando no estuviera durmiendo. Que no estuviera dormida.

El Señor repitió eso varias veces, frunciendo el entrecejo al pensar en ello.

Porque precisamente Nana estaba durmiendo en aquel momento, y aquel pensamiento quedó fijo en su mente. Fue hacia la ventana más próxima y de nuevo contó las pepitas de limón. Alineadas frente a él parecían dar saltitos pero no obstante se puso a contarlas, para entretenerse mientras Nana dormía.

Cuando Nana despertó, pudo él reanudar sus pensamientos.

La Señora había dicho algo que él no sabía cómo interpretar. Había sucedido hacía poco. El le había rogado, como de costumbre, que intentara desear algo y así todo quedaría arreglado.

Y entonces ella le respondió:

—Es como si me pidieras que hiciera magia.

¿Qué había querido decir con aquello? Desear algo y practicar la magia, indudablemente no eran la misma cosa. Cuando, en la primera ocasión, le había preguntado por qué había dicho aquello, lo único que había conseguido fue que se enfadara con él. Después, alguna que otra vez había vuelto a preguntárselo, pero ella nunca le había dado la menor explicación.

Finalmente, el día anterior, le había contestado diciéndole:

—Querido, lo que quise decir es que vas a tener que recurrir a la hechicería

si quieres que vuelva a desear algo.

¿Hechicería? ¿Qué clase de hechicería? Le había rogado que se explicara mejor, pero ella sólo había contestado:

—Quise decir exactamente lo que dije: hechicería.

No resultaba fácil entender aquello.

Pero había que buscar la forma de averiguar qué es lo que quería decir. Se detenía en cada ventana, dándole vueltas a su problema. La verdad es que las cosas no se le daban bien.

En la Casa, la situación había empeorado. Por dos razones:

La cacatúa de Nana, que era muda,

había comenzado a dar chillidos mientras dormía. Además, las piezas de cristal de nuevo volvieron a romperse. ¡Era terrible!

Mimí chillaba varias veces al día. La única persona a quien no le molestaba era a Nana. Aquel sonido ni siquiera la despertaba. Insistía en que la única razón por la que Mimí chillaba era porque le disgustaban los niños. Chillaba cuando hacían alguna tontería, decía Nana. Klas y Klara se sentían avergonzados. Era un chillido espantoso, tremendo, hiriente, insufrible. Le ponía a uno malo.

Además, cuando Nana dormía, las

piezas de cristal se hacían trizas. No es que fuese mucho, pero ocurría varias veces al día, de una manera regular. Y era un misterio cómo podía suceder aquello, porque ahora las piezas no aparecían en el suelo, sino en su sitio, pero hechas añicos. Incluso dentro del aparador donde se guardaba la cristalería, aparecían piezas rotas, en las hileras cuidadosamente alineadas.

Parecía cosa de fantasmas. El cochero reanudó su espionaje, pero nunca vio a nadie. Por mucho que trabajó poniendo trampas, jamás llegó a atrapar a persona alguna. Sospechaba de Klas, pero no logró cogerle con las

manos en la masa.

Llegó incluso a dudar de su propia razón. Los cristales saltaban en pedazos prácticamente ante sus ojos, sin que por allí estuviera Klas. Aquello llegó a ser demasiado para él. Se sentía impotente, incapaz, y le dio por cavilar y lamentarse.

Y así pasó aquel invierno, negro y desesperado invierno, sin nieve, sin sol, sin luna y sin estrellas.

El Señor vagaba por la Casa, contando sus farolas; el cochero iba y venía, espionando y retorciéndose las manos. Y Klas y Klara subían y bajaban de puntillas las escaleras y recorrían los

interminables pasillos en busca de los Niños del Espejo. Mimi chillaba. La cristalería se rompía. Y entretanto, Nana dormía y la Señora lloraba.

# 13

EN el pueblo donde vivían Albert y Sofía, la vida transcurría como de costumbre.

Caían las hojas de los árboles y brotaban otras nuevas. Las flores se marchitaban y otras florecían, los pájaros emigraban y retornaban.

Pero Klas y Klara nunca regresaron.

Sofía deambulaba por la casa, cavilando tristemente, y Albert se quedaba en el taller. Sentía la necesidad de continuar trabajando. Pero los bols que ahora hacía le salían siempre como

enormes lágrimas heridas por la luz. Todos eran distintos, y, al mismo tiempo, iguales, puesto que cada uno de ellos hacía recordar las lágrimas. Fuese cual fuese la pieza que intentara hacer, siempre le salían de aquella forma, aunque él mismo no se diera cuenta de ello.

Tampoco comprendía por qué en las ferias vendía ahora todas las piezas de cristal. Nunca daba abasto. Se estaba haciendo famoso. De todas partes llegaba gente para comprar. Albert observaba a la gente que, ante la belleza de sus bols, suspiraban y unían sus manos en un gesto de admiración. Los

observaba maravillado. La gente tomaba los bols con tanto cuidado como si se tratara de objetos de oro. Albert no salía de su asombro.

Aunque Albert no reparase en ello, la gente percibía algo. Se daban cuenta de que era la tristeza la que había dado mayor belleza a sus bols. A la gente no le importan las lágrimas del prójimo, siempre y cuando resulten hermosas de contemplar.

Pero a Albert no le satisfacía su éxito. Ni siquiera se daba cuenta de que se estaba convirtiendo en un renombrado soplador de cristal. No advertía sus halagos y era sordo a sus cumplidos.

Únicamente pensaba en los hijos que había perdido.

Se juzgaba el único responsable de su desaparición, por cuanto que sólo él había escuchado las predicciones de Aleteo Brisalinda. A pesar de que le había advertido que los niños iban a desaparecer, nada había hecho para evitarlo. Al oírla, de momento se había quedado aterrorizado, pero acabó por no creerlo, pues nada había sucedido. ¿Cómo habría podido ser tan imprudente?

Y ahora, la puerta de Aleteo Brisalinda se había cerrado para él. Le ignoraba totalmente. No tenía nada más

que decirle. Y él lo comprendió. Además, había dejado correr por el pueblo su propósito de no volver a predecir el futuro. Sería inútil que fueran a pedírselo.

Sofía, en su casita, se echaba la culpa de lo sucedido. Había acarreado a todos la desgracia. Se acordaba de aquella vez en que había dicho que los niños sólo daban preocupaciones. Este era su castigo. Sabía que esas palabras nunca quedan sin castigo. Ese pensamiento la atormentaba día y noche; la acosaba cada vez que se despertaba y volvía a su pensamiento en forma de pesadilla mientras dormía. Sí, ella tenía

la culpa; nadie más era culpable.

Otra cosa también la atormentaba: no sabía bien lo que era, pero de vez en cuando tenía la impresión de que se había olvidado de algo, algo que le era muy importante recordar.

Algunas veces experimentaba la sensación de que con sólo recordar aquello, todo acabaría arreglándose.

¿Qué podría ser lo que había olvidado?

Habló de ello con Albert, pero éste se limitó a mover la cabeza. Le dijo que estaba obsesionada, que eso nunca era bueno, que era inútil. Y desde luego tenía razón. Sólo eran cosas de su

imaginación.

No obstante, aquella sensación la dominaba a veces, y entonces se decía que sí, que era eso: la solución dependía de ella, estaba segura de que la tenía en sus manos. Tenía que esforzarse para dar con ello. Pero al momento esa certeza se esfumaba, y entonces su desesperación era aún más profunda.

Albert le razonaba de la siguiente manera: Si hubieras olvidado algo, tendrías que saber lo que era. Simplemente era víctima de su imaginación.

Cierta noche, los fuertes latidos de su corazón despertaron a Sofía. Había

dormido profundamente y había soñado, pero no recordaba qué.

La desazón la hizo saltar de la cama, mientras su corazón latía aún con más fuerza. Sin darse cuenta en realidad de lo que hacía, se acercó a la cunita que frente a la chimenea aún colgaba del techo y que estaba llena de chucherías. De ella colgaban unas hebras de lino que relucían como si fuesen de oro. Como si se hallase en trance, buscaba y rebuscaba sin saber qué.

De pronto su mano tropezó con un objeto pequeño, duro y frío. Lo cogió y se fue junto a la ventana, sentándose donde la luz de la luna penetraba en la

habitación. Llevaba aquel objeto en la palma de su mano.

Era la sortija que, hacía ya mucho tiempo, Albert le había regalado en la feria. La sortija, con su piedra de reflejos verdes, estaba en su mano. ¡Dios mío, cuánto tiempo hacía ya de aquello!...

Se la puso en el dedo y, pensativamente, se miró las manos.

Súbitamente, una gran calma se apoderó de ella. Se quedó allí sentada, recordando, a la luz de la luna. En aquella ocasión la feria había resultado estupenda. Albert y ella se habían sentido tan felices, tan plenamente

felices...

¿Por qué habría dejado de ponerse la sortija? ¡Qué tontería! Tenía que volver a lucirla, pues era muy bonita.

Fue un gran detalle de Albert el regalársela, aunque en realidad entonces no podía permitírselo. Sentada allí, absorta en sus pensamientos, hacía girar distraídamente el anillo en su dedo.

De pronto, la sortija atrajo de nuevo su mirada.

Ahora recordaba por qué había dejado de usarla. Era porque cuando la llevaba se sentía inquieta y preocupada.

Tal como le sucedía ahora: volvían a asaltarle negros presentimientos. La

piedra semejaba un ojo y, cuando llevaba puesta la sortija, aquel ojo la observaba.

Le pareció que la piedra le hacía guiños y durante un rato no se atrevió a moverse.

Entonces extendió la mano hacia la luz de la luna para poder verla con mayor claridad. Sintió un escalofrío y comenzó a temblar, sobresaltada. La piedra tenía un aspecto que la aterrorizó. Era como un hoyo profundo, como un pozo, como una horrible pena, algo inhumano.

Transcurrido un rato, la piedra volvió a parpadear. Era algo repulsivo.

Rápidamente se quitó la sortija y apartándola de sí, la dejó junto a la ventana. Sentía miedo de volverla a mirar. El corazón le latía violentamente. ¿Qué significaba aquello? ¿Estaría perdiendo el juicio?

Se puso a pensar en el anciano que les había vendido la sortija. Era realmente un viejo horripilante. ¿No podría ser que le hubiera echado algún maleficio? No, no, había que tener calma. Otra vez se estaba dejando llevar por la imaginación.

Pero desde luego, había algo raro en aquel anciano. ¿Adónde habría ido cuando desapareció? Nadie le había

visto antes ni nadie le había vuelto a ver después.

Y en cuanto a Aleteo Brisalinda ¿por qué, por qué se había comportado de forma tan extraña en cuanto vio la sortija? ¿Y qué fue lo que dijo?

¿No sería que apenas la vio deseó poseerla?

Sofía había ido a verla para que le adivinara el porvenir, pero ella se había negado. Y ¿qué había pasado entonces?

¿Qué es lo que había sucedido?

Y ahora, aquella certeza se apoderaba una vez más de Sofía, la certeza de que la solución del problema dependía sólo de ella. Se sentía más

fuerte que nunca. Más segura de que la solución estaba allí, allí mismo, al alcance de su mano.

¿Dónde, dónde? La memoria aún la atormentaba, pero permaneció allí sentada, esperando... hasta que, sin saber por qué, extendió la mano y cogió la sortija.

¡Y entonces se acordó! Súbitamente, como un rayo, le vino a la mente lo que había olvidado. Sí, ahora ya lo sabía.

Dio un profundo suspiro. La luz de la luna se estremecía, temblaba.

Una vez más dirigió una mirada penetrante a la piedra de reflejos verdes. Como en un eco lejano, le

pareció escuchar aquellas olvidadas palabras de Aleteo Brisalinda que, silenciosamente, venían ahora a sus labios:

—Sofía, veo que llevas una sortija. Si algún día te sucede alguna desgracia, hazme llegar esta sortija y yo te ayudaré donde quiera que te encuentres. No olvides mis palabras: envíame la sortija.

Estremeciéndose un poco bajo aquel recuerdo, besó la sortija.

Poco después se levantó, se vistió y salió. Comenzó a andar a la luz de la luna. El pueblo dormía, pero en lo alto de la vieja Colina del Patíbulo, bajo el manzano, se vislumbraba una tenue luz

en la ventana.

Se oyó el grito de una lechuza.

El manzano reventaba de flores. El vientecillo nocturno que soplabá en la colina hizo desprender algunos pétalos, que cayeron al suelo como copos de nieve.

Allá arriba, la luz parpadeó ligeramente.

La lechuza, al no obtener respuesta, volvió a chillar.

A la luz de la luna, Sofía caminaba con un anillo en la mano. Lo llevaba con cuidado, pero no en el dedo. No había querido ponérselo.

# 14

YA era bien pasada la medianoche.

En su casita, Aleteo Brisalinda tejía, inclinada sobre el telar. Miraba fija y pensativamente el dibujo de la alfombra, como si buscara algo. En la palmatoria, la vela estaba a punto de consumirse. Aleteo la cogió y la sostuvo por encima del telar. La luz oscilaba violentamente.

Posado en el telar, el cuervo Talentoso miraba a través de la ventana, gozando de la hermosa visión del manzano en flor, que se inclinaba mansamente bajo la luz de la luna.

Escuchó el grito de la lechuza.

Dejando escapar un suspiro, Aleteo bajó la vela. Talentoso miraba hacia la luna y ella le preguntó con dulzura:

—Talentoso ¿estás ahí sentado mirando a la luna?

—Sí —contestó Talentoso— pero no la veo.

—Claro, tú sólo puedes ver el sol —repuso Aleteo, acariciando pensativamente el tejido en el que trabajaba. Luego, tras una pausa, le preguntó:

—Has volado hasta la Ciudad de Todos los Deseos. ¿Por qué no me has contado lo que allí sucede?

Talentoso permaneció inmóvil, con el ojo fijo en dirección a la luna. No contestó.

—Te mandé allí porque quería enterarme de lo que vieras —dijo Aleteo Brisalinda, moviendo otra vez la vela, inquieta y angustiada.

El cuervo, tras dudar un poco, le contestó que no había visto más que a los niños. Aleteo lo miró fijamente, muy preocupada.

—¿Nada más? —preguntó.

No, Talentoso no había visto nada. También él parecía contrariado, así que Aleteo no le hizo más preguntas; pero parecía muy intranquila.

Sabía lo que significaba que Talentoso no hubiera visto nada con su ojo bueno: era que allí no había ni una sola cosa buena, nada hermoso en que fijarse. Por lo tanto, nada había visto. Un terrible pensamiento acudió a su mente. ¿Qué es lo que hubiera visto si hubiera tenido también el otro ojo, el ojo con el que veía la maldad del mundo?

Terriblemente angustiada, cogió un pequeño papel enrollado que había en el suelo; lo había traído Talentoso hacía poco tiempo. Se trataba de un aviso que había encontrado clavado en un árbol, junto a la carretera.

Aleteo Brisalinda lo había leído muchas veces y ahora volvió a leerlo con creciente desagrado. Las palabras, escritas con letras muy historiadas, decían:

MUJER EXPERTA EN  
HECHICERÍA

Preferentemente de edad madura.

Salomónica.

Con experiencia en astrología  
y otras artes mágicas.

Se solicita de inmediato.

Habitación privada con  
telescopio.

EL SEÑOR

¿Por qué se habría molestado Talentoso en traerle este aviso en su viaje de vuelta? A lo largo de los caminos siempre había muchos avisos de toda índole clavados en los árboles, y no les prestaba la menor atención.

¿Qué tendría que ver éste con ella?

Había enviado al cuervo a la Ciudad de Todos los Deseos para que investigara, pero había regresado sin nada que contar. ¿Le ocultaba algo? Estos últimos días parecía muy callado, como si ocultase algo.

Fuera lo que fuese, no estaba dispuesta a viajar. Todo su ser se rebelaba ante tal idea. Así que,

malhumorada y con rabia, cosa poco frecuente en ella, arrojó el papel lejos de sí.

—¡Salomónica! —dijo con desdén—. ¿Qué significa eso?

—Como es natural, se refiere al Rey Salomón —explicó Talentoso de inmediato.

—Claro, claro —dijo Aleteo con impaciencia—, pero de todos modos, no voy a ir. Sobre todo, si no quieres decirme lo que sucede allí.

Pero el cuervo replicó suavemente:

—Mejor es verlo que oírlo.

—Eso es lo que tú dices...

—Los sabios tienen orejas largas y

lenguas cortas —y tras esta afirmación ocultó la cabeza bajo el ala, en señal de que daba por terminada la conversación. Pero Aleteo movió la cabeza. Estaba claro que, por alguna razón, Talentoso quería que fuera a la Ciudad de Todos los Deseos, pero ella no tenía intención de hacerlo.

Suspiró y de nuevo bajó la mirada hacia el tejido de la alfombra. No le agradaba nada trabajar en ella, pues el dibujo la desconcertaba. Cada día le resultaba más y más difícil. Eso la contrariaba de tal modo que le resultaba insoportable. Aquel dibujo era el más complicado que jamás había tejido en su

telar. Parecía como si Talentoso quisiera dormir. Y Aleteo Brisalinda se sumió más profundamente en sus pensamientos. La luz de la vela era vacilante. Pasaba el tiempo.

La lechuza gritó otra vez.

Talentoso se volvió y Aleteo Brisalinda alzó la vista del telar. Se miraron uno a otro y escucharon. Todo estaba silencioso...

De repente llamaron a la puerta repetidas veces.

Intrigados, ambos se quedaron quietos donde estaban. De nuevo comenzaron a llamar sin parar. El cuervo permaneció inmóvil pero Aleteo

se levantó lentamente y fue a abrir la puerta. Andaba arrastrando los pies, y mientras tanto las desesperadas llamadas continuaban, como si de ello dependiera la vida. Invasada por extraños presentimientos, Aleteo dudó antes de descorrer el cerrojo. En su interior luchaban sus sentimientos, pues presentía que aquella noche entraban en juego unas fuerzas tenebrosas que no estaba aún segura de poder dominar.

Las llamadas persistían, cada vez con más fuerza. Por fin abrió la puerta.

Al abrirla, la luz de la luna inundó el interior. Afuera estaba Sofía, la mujer del soplador de cristal. Estaba muy

pálida y respiraba agitadamente.

Bajo la deslumbrante luz de la luna, se observaron mutuamente sin pronunciar palabra.

Entonces Sofía extendió rápidamente su mano.

—Aquí está —dijo con voz entrecortada—, aquí tienes la sortija.

Aleteo Brisalinda, sin contestar, tomó el anillo, lo miró y se lo metió con presteza en un bolsillo de su falda.

Sus ojos volvieron a encontrarse. Los de Sofía eran redondos, oscuros, desesperadamente suplicantes. Los de Aleteo, en contra de lo habitual, no semejaban flores ni mostraban su color

azul verdoso de siempre.

Quizás era un efecto de la luz de la luna lo que hacía que la mirada de Aleteo fuera ahora tan intensa, tan ardientemente penetrante y amenazadora. En aquel instante algo había en ella, algo ajeno a su forma de ser. Su figura entera parecía crecer y estar rodeada de un halo de misterio, como una aparición mística. Sofía se apercibió de ello y experimentó temor y confianza al mismo tiempo. Pensó recordarle a Aleteo su promesa, pero las palabras murieron en sus labios, pues sabía que no era necesario pronunciarlas.

Se limitó a inclinar la cabeza y,

volviéndose, corrió abajo, embargada de una alegría inexplicable. Había esperanza... Pueden producirse milagros... Ahora y siempre.

Aleteo Brisalinda dejó la puerta abierta de par en par y volvió a entrar en la habitación. La luz de la luna que fluía tras ella parecía la cola de su vestido.

La vela estaba ya casi extinguida y Talentoso descansaba con la cabeza bajo el ala. Aleteo se quedó mirándolo un momento.

Después volvió a su telar y siguió con un dedo el trazado de un hilo oscuro que pasaba por el dibujo de la alfombra. Había vuelto a recobrar la calma; sus

labios se movían formando palabras llenas de misterio y belleza. Ya nada parecía confuso o desconcertante en el tejido. Todo estaba claro y resultaba maravillosamente fácil comprenderlo.

Recorrió con el dedo un hilo detrás de otro, mientras crecía en su interior una fuerza secreta y poderosa que desvanecía todas sus dudas. Se levantó, miró otra vez a Talentoso —él estaba en lo cierto— y recogiendo el papel enrollado lo arrojó al fuego, donde al instante fue pasto de las llamas.

—Bueno, Talentoso, vámonos —dijo al cuervo, que dormía. Lo cogió y lo metió en la jaula. El pájaro,

imperturbable, continuó durmiendo.

Se puso la capa con la esclavina. El sombrero ya lo tenía puesto. Por extraño que parezca, un hatillo con dos bols de cristal envueltos con trapos y la jaula del cuervo era lo único que necesitaba para aquel viaje.

Recorrió con una última mirada la habitación. Se quedó allí, reflexionando hasta que la vela se extinguió en la palmatoria y el fuego de la chimenea se convirtió en pavesas.

Entonces salió de la casa y cerró con llave la puerta. Ya afuera, en la colina, con Talentoso dormido en su jaula, sonreía...

Enseguida se perdieron de vista,  
entre una nube de flores de manzano y  
rayos de luna.

# 15

CUANDO comunicaron al Señor que Aleteo Brisalinda había llegado a la Casa, él mismo bajó a recibirla.

—Bienvenida, señora mía —dijo cortésmente, aunque un poco avergonzado ante la necesidad de que alguien como Aleteo Brisalinda tuviera que ayudarle. Trataba de dar a la situación un aire de broma:

—Como aquí en la Ciudad no tenemos iglesia ni teatro, podríamos distraernos estos días con un poco de hechicería —dijo riendo con una risita

seca.

Aleteo clavó en él la mirada de sus ojos azul-verdosos, pero no contestó. Por primera vez en su vida, el Señor se sintió inseguro de sí mismo. Esta singular mujer tenía más cosas que decirle de las que él pensaba.

—Bien, tengo entendido que corren tiempos difíciles para hechiceras y magos —dijo, un poco nervioso—. Un mago de la vieja escuela puede perder fácilmente su público.

Pero dejó de hablar. Aquella terrible mujer le miraba fijamente, con aquellos ojos que cada vez parecían más y más azules.

—Ahora bien, personalmente no tengo nada contra las hechiceras —añadió con aire protector—. Nada en absoluto, pero...

Paseaba de un lado a otro para dar a entender que estaba pensando. La anciana sonreía. ¿Por qué razón sonreía ahora? Tenía que decirle algo para hacerle ver que sus dotes como hechicera no le causaban gran impresión.

—Todo este asunto ha sido idea de la Señora —dijo—, porque en realidad yo hubiera preferido un enano o un bufón, aunque creo que también corren malos tiempos para los bufones...

—Por lo que he podido advertir, yo no lo creo así, señor —dijo Aleteo Brisalinda.

Estas fueron las primeras palabras que pronunció, tras lo cual el Señor cayó en un profundo silencio.

El, que nunca se había preocupado de ninguna persona en particular, y que por consiguiente podía presumir de amar a todo el género humano, tenía ahora la sensación de que esta anciana tenía bastante mala opinión de él. Deseaba decirle que se fuera, pero por consideración a la Señora debía persuadirla para que se quedase.

La acompañó hasta la torre donde

estaba preparada su habitación que, por cierto, disponía de un telescopio. Con aire majestuoso le indicó que si necesitaba cualquier cosa, no tenía más que pedirlo. Cuando se disponía a marcharse, Aleteo Brisalinda le dijo:

—Me gustaría saber qué es lo que se espera de mí.

El Señor enarcó las cejas.

—¿No se lo he dicho? Pues bien, su tarea consiste en conseguir que la Señora desee algo.

—¿Que desee algo? ¿Y qué es lo que tiene que desear?

—Lo que ella quiera. Afirma e insiste en que sólo por medio de la

hechicería podría volver a experimentar algún deseo. Desde luego eso es absurdo, pero, no obstante, para eso está usted aquí, señora.

Mientras hablaba, paseaba impaciente de un lado para otro. Lo que pensaba era que Aleteo Brisalinda debería saber todo esto sin que nadie tuviera que decírselo.

—¿Dónde puedo ver a la Señora? — preguntó Aleteo.

—En su habitación, por supuesto — y el Señor le explicó dónde estaba la habitación. Luego se despidió bruscamente. En la puerta se volvió y dijo con expresión de cansancio:

—Recuerde que su tarea consiste únicamente en conseguir que la Señora vuelva a desear algo. Sea lo que sea. Entonces, naturalmente, yo satisfaré su deseo. ¿Está bien claro?

—Perfectamente —contestó Aleteo Brisalinda, sonriendo de un modo tan peculiar que el Señor se apresuró a cerrar la puerta.

Aleteo Brisalinda bajó la jaula donde Talentoso había estado todo el rato en silencio, pero atento. Dejó salir al cuervo y le preguntó qué opinaba del Señor. Antes de contestar, Talentoso echó a volar y se posó en el telescopio. Entonces dijo en tono distraído:

—No todo el mundo posee igual sabiduría. Un mar chico tiene poca costa ¿no es cierto?

—Sí —replicó Aleteo—, sí, desde luego.

Entonces le dijo al cuervo que explorase la Casa mientras ella iba a visitar a la Señora.

—Ah, sí —bostezó la Señora cuando Aleteo Brisalinda entró en la habitación. Volvió la cabeza con indiferencia y añadió—: Usted debe de ser la señorita Brisalinda. Siéntese, por favor.

Estaba echada en la cama entre mullidas almohadas. Con gesto cansado

señaló una silla. Sin decir palabra, Aleteo se sentó y la Señora siguió diciendo con tono de hastío:

—Tengo entendido que ha venido usted aquí para divertirme con sus artes de magia. Muy bien. Haga lo que le parezca, pero a mí no me hechice. No podría resistirlo.

Cerró los ojos.

—La vida no es tan sencilla como para que usted pueda arreglarla con sus argucias. Pero claro, eso lo sabe usted mejor que nadie.

Se calló y ninguna de las dos habló durante un rato. Aleteo observaba atentamente, mientras la Señora

permanecía echada, tan hermosa y tan aburrida. Mantenía los ojos cerrados y ni siquiera le había dirigido aún una mirada a Aleteo. Simplemente estaba allí, inmóvil. De nuevo empezó a hablar:

—No es usted muy habladora, señorita. Aún no ha dicho nada.

—Yo sólo hablo con la gente que me mira a la cara —replicó tranquilamente Aleteo.

La Señora, sin alzar los ojos, hizo un débil ademán con la mano.

—Estupendo —dijo con una voz que casi se extinguía—. Entonces usted tendrá que escucharme a mí sin necesidad de que yo tenga que mirarla o

escucharla. Pero... ¿no resulta eso algo decepcionante para una persona que se dice hechicera?

—Todo lo contrario —contestó Aleteo Brisalinda—. Así es como debe ser.

Entonces la Señora abrió la boca en un largo bostezo.

—Está bien —dijo desilusionada—. ¿En qué podía yo pensar para ofenderla? Ah, ya lo sé. Estoy enterada de que el Señor y usted están haciendo planes para conseguir que yo comience de nuevo a tener deseos; pero es una pérdida de tiempo y energía... ¿Es usted tan necia como para perder así el

tiempo? Se equivoca si cree usted que soy tan estúpida. No cuente con que podrá embaucarme. Guarde para otros sus ridículas artimañas. Para otros que sean más estúpidos.

Hizo una pausa y tras bostezar de nuevo volvió a insistir en el mismo tema:

—Soy engreída y perezosa pero no estúpida. En cambio el Señor es ambas cosas, engreído y estúpido, y por tanto, como usted habrá podido observar, es una persona feliz... Y, además, puede permitirse el lujo de ser amable, cosa que yo no puedo. Soy mala... muy mala.

Aleteo Brisalinda siguió en silencio

pero escuchaba con gran atención. La verdad es que aquí en la Casa, eran muy locuaces, tanto el Señor como la Señora.

Esta elevó el tono de su voz:

—Soy MALA —repitió—. ¿NO ME OYE, señorita? ¿Por qué no me contradice?

Aleteo seguía callada como una muerta.

Entonces la Señora levantó los ojos por vez primera.

—ESTOY ACOSTUMBRADA a que la gente me contradiga cuando hablo mal de mí misma —exclamó con los ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Ah, sí? —replicó Aleteo—. Pues

yo estoy acostumbrada a mostrarme conforme.

La Señora se sentó en la cama y miró fijamente a Aleteo, de pies a cabeza. Parecía estar disgustada de una manera pueril, pero luego pudo más su habitual indiferencia y su orgullo.

Su desdeñosa mirada se dirigió a la sortija que Aleteo Brisalinda llevaba en la mano izquierda.

—¿Qué es esa sortija que tiene usted ahí?

—Es sólo una vieja sortija de plata.

—Sí, ya lo veo, pero ni siquiera tiene piedra. ¿La ha perdido?

—Sí, ahora... no tiene piedra.

La Señora se estremeció.

—¡Uf, qué fea es! —dijo—. Es como si estuviera ciega. Quítesela ahora mismo.

Pero Aleteo Brisalinda negó con la cabeza y el anillo continuó donde estaba.

La Señora suspiró y se recostó de nuevo en las almohadas.

De pronto, un criado, como una sombra, se deslizó silenciosamente por la habitación. Puso en la mesilla de noche una bandeja con un vaso de agua y varias tabletas. Luego volvió a desaparecer.

Inmediatamente después comenzaron

a resonar en el aire unos espantosos y ruidosos resoplidos. Era un ruido como si la Casa fuera batida por un huracán, pues todo temblaba y se agitaba.

Durante un momento, la Señora se tapó la cara con las manos. Después tomó un par de tapones para los oídos, se los puso y con manos temblorosas se tomó las tabletas con un poco de agua. Con una mirada inexpresiva y voz irritada, dijo a Aleteo.

—Ya puede usted irse, señorita. Lleva ahí sentada demasiado tiempo. ¿Qué hace aquí todavía? No tengo el menor deseo de hablar con los oídos sordos. No quiero hablar cuando no sé

lo que estoy diciendo y ¿cómo voy a saberlo si no oigo mi propia voz?, debería haberse dado cuenta. ¡VÁYASE!

Aleteo Brisalinda se levantó y salió apresuradamente de la habitación.

# 16

ENTRETANTO, Nana había descubierto que Klas y Klara se escapaban durante la siesta. Sucedió que una vez olvidó tomar las píldoras y se despertó tras sólo quince minutos de sueño. Las camas de los niños estaban vacías y los encontró en las escaleras. Como es natural, se produjo un enorme revuelo. Ahora todos estaban seguros de haber encontrado ya la explicación a las roturas de cristal mientras Nana dormía. También ella estaba convencida.

Inmediatamente pidió al Señor una

pulsera grande y dos pequeñas. Cada una de las pequeñas tenía un gancho, y la grande dos. También pidió dos cadenas largas. A partir de entonces, Klas y Klara tenían que llevar siempre puestas las pulseras. Nana llevaba la grande, y enganchaba las cadenas por un lado a su pulsera y por el otro a las de Klas y de Klara.

Así que los niños tenían que quedarse quietos en sus camas pues, de lo contrario, Nana se hubiera despertado al menor movimiento, ya que a pesar de sus sonoros ronquidos nunca se quedaba profundamente dormida.

Pero cuando Nana se daba media

vuelta en su cama de dosel, tiraba hacia sí de las cadenas, y había veces que se revolvió tan violentamente que sacaba con fuerza los brazos de los niños de debajo de la ropa de la cama. A veces hasta los arrastraba con cama y todo.

Nana se creía muy astuta e inteligente. Estaba segura de que ya nunca habría más roturas de cristal. Pero se equivocaba.

A pesar de que los niños estaban encadenados y era imposible que abandonaran sus camas, casi siempre que Nana se echaba a dormir se rompían piezas de cristal por la Casa.

Nadie se explicaba cómo podía

ocurrir.

Aleteo Brisalinda descubrió este misterio el primer día que entró en la Casa.

Acababa de salir de la habitación de la Señora y en aquel momento Mimi chilló mientras dormía. Aleteo no se aterrorizaba fácilmente pero aquel chillido era tan horrible, tan desgarrador, que se quedó quieta, incapaz de dar un paso.

Cuando recobró la calma, se dirigió rápidamente hacia donde procedía el chillido. El ensordecedor estruendo que se oía por toda la Casa venía del mismo sitio.

El corazón de Brisalinda latía fuerte y aceleradamente y se sintió invadida por horribles presentimientos.

En todo el recorrido no encontró a una sola persona. Las habitaciones por las que pasó estaban vacías, pero encontró por todas partes piezas de cristal rotas sobre los muebles. Aquello era de lo más curioso y extraño.

En una mesa había un jarrón hecho añicos. Las flores se habían desparramado y el agua, gota a gota, caía al suelo.

En otro lugar, un bol vacío había saltado en pedazos. Sobre una mesita había una bandeja con botellas para

vino, rotas. Los distintos vinos que contenían goteaban quedadamente sobre la alfombra y una mancha roja iba extendiéndose poco a poco. No se veía a nadie en absoluto.

Aleteo se apresuraba cada vez más. Iba muy aprisa, casi corriendo, buscando por todas las habitaciones. Le abrumaba una inquietud insólita, pues tenía la certeza de que pronto iba a enfrentarse con el terrible secreto.

¿Quién rompía el cristal? ¿Quién chillaba?

¿Dónde estaban los niños?

El tremendo rugido continuaba. Aminoró sus pasos, pues sentía que

estaba ya muy próxima a lo que estaba buscando. Entonces, volando silenciosamente, llegó Talentoso a su encuentro. Sin decir nada se posó en su hombro. Esto la calmó.

Se encontraron frente a una gran ventana desde donde se divisaba toda la ciudad. Era primavera, alrededor de las tres de la tarde, y aunque hubiera debido estar claro, una pertinaz lluvia gris que ahondaba las roderas de los caminos, oscurecía el día.

—¿Averiguaste algo, Talentoso? — preguntó Aleteo.

El cuervo asintió y miró a la puerta de la habitación de al lado.

—¿Están ahí los niños? ¿Has entrado ahí?

Volvió a asentir y se quedó en el hombro de Aleteo mientras ésta se acercaba a la puerta, que estaba entreabierta. La abrió del todo y durante un instante se quedó inmóvil ante la gruesa cortina verde oscuro. Con mano firme la descorrió y entró en la habitación.

Las ventanas estaban cerradas. En la habitación reinaba una oscuridad verdosa. Cuando Aleteo se acostumbró a la oscuridad, advirtió una enorme cama con dosel junto a una de las paredes; y en la de enfrente, dos camas pequeñas.

A lo largo de la habitación, desde la cama con dosel a las de los niños, había dos cadenas. Brillaban en la penumbra y rechinaban al compás de la respiración de la persona que ocupaba la cama grande.

Temblorosa, pero sin dudarlo, Aleteo se acercó directamente a la cama grande. El ruido de sus pasos quedó ahogado por el de la tormenta que se producía en torno a la persona que dormía.

Aleteo palideció e incluso sus ojos parecían haber perdido su color. Brillaban con una extraña luz distante. Inmóvil, el cuervo seguía posado en su

hombro.

En lo alto de la cama del dosel se balanceaba una jaula en la que dormía un pájaro. Talentoso lo observó con mirada penetrante mientras que Aleteo mantenía los ojos fijos en la persona que estaba en la cama. Al principio creyó que un par de ojos la miraban en la oscuridad, pero enseguida se dio cuenta de que sólo eran unas gafas.

Reconoció inmediatamente a quien dormía en el lecho y cerró los ojos con una expresión del más profundo sufrimiento y dolor.

Se frotó la frente como si quisiera borrar la visión que contemplaban sus

ojos, pero enseguida levantó la mirada e, inclinándose sobre la persona que dormía, susurró:

—Me lo sospechaba. No podía ser nadie más que Nana. Pero ¿dónde has estado hasta ahora, pobre hermana mía?

Fue un momento extraordinariamente difícil para Aleteo, pues no había visto a su hermana desde hacía mucho tiempo y hubiera deseado que el encuentro hubiera sido en otras circunstancias. Esta era la razón de la suave ternura que emanaba de su voz.

En su sueño, Nana se revolvió intranquila. Las cadenas rechinaron y Talentoso echó a volar dando un grito de

alarma, desapareciendo entre los pliegues de los cortinajes.

Aleteo dirigió una última mirada, llena de compasión y angustia, a Nana y salió de la habitación sin hacer ruido.

Un instante después Nana y Mimí despertaron y de nuevo volvió el silencio a la Casa. Pero Aleteo, mientras desandaba el camino que acababa de recorrer, con Talentoso volando delante de ella, pensaba que aquel silencio resultaba misterioso.

Al pasar por una gran sala de baile, vio a un viejo cochero con un bol roto en las manos. Su cara tenía una expresión extraordinariamente seria. No

se fijó en Aleteo.

Volvió a verle en otro momento. En esta ocasión sostenía los trozos rotos de un jarrón. Tampoco entonces él la vio.

Por tercera vez volvió a verle con una licorera rota en las manos, que tenía manchadas del vino que había contenido. Tampoco esta vez alzó la mirada.

A Aleteo le extrañaba cómo podría moverse con tanta rapidez, y a pesar de ello dar la impresión de que siempre estaba inmóvil, en el mismo sitio. Pero pronto se olvidó de él.

Tenía otras cosas en que pensar.

Una vez en su habitación de lo alto

de la torre, se puso a reflexionar. La torre tenía ventanas por todos los lados. La lluvia caía sin parar y no cesó hasta el atardecer. Las nubes se dispersaron, y con la noche volvieron las estrellas.

Entonces Aleteo se dirigió al telescopio y lo enfocó en dirección al cielo.

No le sorprendió encontrar allá arriba los mismos lazos y dibujos que veía en la alfombra que tejía en su casa, sólo que éstos eran mucho mayores y más hermosos.

Mucha gente inteligente afirma que puede existir una dependencia entre las personas y las estrellas, pero Aleteo no

lo creía así. Rechazaba esa forma de pensar que juzgaba atrevida. Ella admitía cierta relación... Pero dependencia no.

No, cada cosa en su lugar. Y aquí abajo, en la tierra, eran las personas lo que a ella le interesaban.

Arriba, los planetas se movían eternamente. Le consolaba pensar que, fuese cual fuese la forma como en la tierra se desarrollaran las cosas, las estrellas siempre permanecerían igual.

Talento también pensaba así.

—Cada persona vive su propia vida —dijo— independientemente de lo que ocurra en las estrellas.

# 17

TRANSCURRIERON dos días. Las lindas mejillas de la Señora recobraron su color y se levantó de la cama. Mandó llamar a Aleteo Brisalinda y discutió incansablemente con ella. Parecía que discutir le sentaba de maravilla.

Ahora estaba de pie, junto a una ventana abierta de su habitación. Una suave brisa jugueteaba con sus hermosos cabellos. Lucía el sol.

—Señorita, ¿cómo acaba usted de llamarme? ¿No sabe que debe decir mi Señora? —dijo con irritación.

Aleteo Brisalinda se hallaba de pie junto a ella. Llevaba puesta la capa, pues se disponía a salir cuando la Señora mandó llamarla. Contestó:

—¡Oh no! Quien no es dueña de sí misma no es una Señora. —Hablabla con calma y sencillez, sin el menor tono de reproche.

Era un día excelente; el primer día bueno después de tantos otros grises y oscuros. Incluso aquí arriba en el norte y hasta la Ciudad de Todos los Deseos había llegado el verano. El buen tiempo parecía apreciarse más allí, en aquella lúgubre y triste Casa.

Aleteo levantó su cara hacia el

cielo. Sonrió y huyó muy lejos con el pensamiento.

—No tiene usted ni pizca de educación —oyó decir a la Señora—. Cuando quiero que me contradiga se muestra conforme, y cuando quiero su aprobación me la niega.

—Solamente digo lo que pienso —repuso Aleteo Brisalinda con calma y dulzura, abstraída en sus propios pensamientos. Se sentía alegre y confiada, dispuesta a desempeñar su cometido. Estaba segura de que hoy podría realizarlo. Era un buen día para viajar.

—Usted no tiene que decir lo que

piensa, sino lo que están pensando los demás. ¿Es que no lo sabe?

—No.

—Entonces tendré que enseñarla yo.

—No se preocupe.

—De todas formas, no merece la pena que intente conseguir que yo exprese algún deseo —dijo la Señora con tedio, dejando escapar un suspiro.

Para contestar, Aleteo tuvo que hacer un esfuerzo, pues con sus pensamientos se había alejado kilómetros y kilómetros.

—No, creo que tampoco me molestaré por eso. Hay cosas mucho más importantes en la vida...

La Señora hizo un violento movimiento y gritó con enfado:

—¿Cómo puede decir eso? ¿Qué es eso? ¿Qué puede haber más importante?

Aleteo siguió mirando al cielo. No contestó inmediatamente. Hasta ella llegó un aroma, un suave perfume de flores de estío, de jazmín... Después contestó:

—¡Hay tantas cosas! La mayoría de ellas son más importantes que los deseos de una persona. ¿Qué pueden éstos importar?

La Señora permaneció en silencio. Parecía atónita, pero no enfadada. No sabía qué deducir de esto. No

comprendía a esta anciana, tan horriblemente vestida... ni tampoco se comprendía a sí misma. Se sentía a la par débil y furiosa, apenada y excitada.

Su vida anterior había sido mucho más simple. Durante largos años sólo había sufrido penas y humillaciones. Estaba ahora tan poco familiarizada con estas nuevas emociones que apenas sabía lo que hacer o cómo afrontarlas. Aquella vieja era la culpable. Deseaba hacer daño a Aleteo Brisalinda, insultarla y mofarse de ella. Pero no podía. Todo cuanto decía caía en el vacío.

Y ahora esta anciana salía con que

sus deseos no eran importantes. Eso era imperdonable; no podía pasarlo por alto. Pero ¿por qué no se sentía enfadada?

¿Por qué este grave insulto tan sólo le producía un gran alivio? Se sentía incapaz de contestar.

Siguiendo la mirada de Aleteo, dijo con indiferencia:

—¿Qué hace usted ahí mirando las nubes con la boca abierta? ¿Qué es lo que ve?

—Las nubes. Allá arriba, entre las torres, parecen corderitos vagando por las praderas del paraíso.

De repente, la Señora pareció

convertirse en una niña. No decía nada. Se oía el trinar de los pájaros. Incluyó suavemente la cabeza hacia un lado para observar las nubes.

Cuando por fin habló, el tono de su voz había cambiado por completo.

—¿Sabía usted que de pequeña fui pastora? Eran unos prados pequeños, más bien malos. No eran exactamente unos prados maravillosos; no obstante, eran hermosos. De eso hace ya mucho... mucho tiempo. La brisa agitó sus cabellos y unos rizos taparon sus ojos. Los apartó de su cara y continuó hablando, entre los trinos de los pájaros, con igual tono de seriedad:

—Entonces siempre deseaba ser rica y tener todo cuanto pudiese desear. Nunca creí que llegara a ser realidad. Y lo fue. Lo conseguí todo y con creces. Esta es la razón por la que he dejado de tener deseos ¿comprende usted? Sólo porque soy mala.

Entonces Aleteo miró a la Señora. Sus ojos se encontraron por vez primera y las dos se dieron cuenta de que, en el fondo, eran amigas. La anciana experimentó una gran alegría, pero la Señora, desprevenida ante tal sentimiento, sintió temor y ello hizo que, aturdida, tratase de aparentar desdén cuando escuchó a Aleteo Brisalinda

decir:

—Casi siempre uno alcanza lo que quiere —sin que sepa cómo ni cuándo— y ésa es la razón por la que da miedo tener deseos. Hay que desear lo que uno es capaz de aceptar de una u otra forma. Es muy importante tener esto en cuenta...

La Señora, apartándose de la ventana, comenzó a pasear con impaciencia de un lado a otro.

—De todas maneras, he decidido no desear nada —dijo con vehemencia—. ¿Por qué nadie comprende que una quiera quedarse con sus deseos tal como ellos son? Aquí en la Casa, jamás

consigo quedarme con un sólo deseo porque son satisfechos aun antes de que yo misma sepa que los tengo. Eso es terriblemente cruel.

Volvió a la ventana y tomó a Aleteo del brazo. Sus ojos brillaban.

—Eso es lo que me ha hecho mala. ¡Quiero serlo, tengo que serlo! Sobre todo con el Señor, ya que es él quien me los satisface todos. Lo hace porque él no tiene ningún deseo y por tanto no sabe lo que le falta.

Soltó el brazo de Aleteo y miró con desesperación en torno suyo como en busca de ayuda.

—Quiero al Señor, señorita

Brisalinda, y por eso seré mala con él hasta que por fin comprenda. Sí, seré mala.

Un criado se deslizó como una sombra en la habitación y dejó una bandeja con tabletas, un vaso de agua y los tapones de los oídos, y salió después precipitadamente.

La Señora lo siguió con la mirada. Parecía asustada y suspiró.

—Nana está de nuevo a punto de dormirse. Venga conmigo a dar un paseo, señorita. Hace tan buen tiempo afuera... Diré al Señor que venga con nosotras.

Tocó el timbre y pidió el coche. Sus

ojos habían adquirido aquella desesperada expresión de fiera acorralada que siempre tenían cuando Nana dormía.

—¡Dese prisa! —gritó al criado cuando éste salía. Y volviéndose hacia Aleteo, dijo—: Ni yo misma puedo soportar el sueño de Nana. Me desespera.

Entonces Aleteo aprovechó la ocasión para preguntar tranquilamente:

—¿Por qué no le dicen a Nana que se vaya?

La Señora parecía perpleja, nerviosa, como si se sintiera culpable. Explicó que Nana era de la Casa y que

los niños necesitaban tener una institutriz.

—Deje que los niños vuelvan a casa de sus padres —dijo Aleteo recalcando cuidadosamente cada palabra. El azul de sus ojos brillaba intensamente.

—Eso es muy fácil de decir —replicó la Señora con impaciencia—. En realidad, lo de los niños fue cosa del Señor y ahora pertenecen a la Casa...

—¿Sí, eh? —dijo Aleteo—. ¿Y yo también pertenezco ahora a la Casa?

—Desde luego que sí; es evidente. Ahora vámonos, vámonos.

Pero Aleteo Brisalinda se quedó donde estaba. Y la Señora, en contra de

su voluntad, quedó retenida por aquellos ojos azules tan azules.

—Cuando llegue el momento, yo le diré quién pertenece a la Casa y quién no —dijo Aleteo con claridad meridiana.

En aquel momento, Nana inició su siesta y la Señora escapó de la Casa seguida por Aleteo.

El Señor ya estaba en el coche, esperando. Partieron a gran velocidad.

# 18

EL Señor había decidido mostrarse amable con Aleteo Brisalinda. No cabía duda de que había que reconocerle cierto mérito, puesto que la Señora parecía estar ahora mucho más animada. Y eso era lo principal.

Como era noble y generoso, no quería confesar que a duras penas podía soportar a la anciana.

Pasaban lentamente por las calles y el Señor mostraba con orgullo su ciudad. Señalaba dónde iba a estar la gran plaza, dónde se elevaría la iglesia,

el ayuntamiento, el teatro, los baños públicos, la escuela.

Describía cada edificio con todo detalle y perdía el hilo al enumerar pilares y columnas, cúpulas y bóvedas. Divagaba respecto a los parques de la ciudad, mencionando las magníficas especies de árboles y flores que allí se podrían admirar.

Dijo que iba a ser la mejor ciudad y la más bella, y Aleteo Brisalinda comprendió de inmediato que ésa era precisamente la razón por la que nunca llegaría a ser realidad.

Entretanto, la Señora, recostada en los cojines del coche, no decía nada.

Mantuvo todo el tiempo los ojos cerrados hasta que cruzaron las puertas de la ciudad y las dejaron atrás.

Los abrió por primera vez cuando llegaron al campo.

El verano florecía a su alrededor. Había llegado de repente, en toda su plenitud, sobrecogedor en su belleza. Durante todo el largo invierno siempre se las arreglaba para olvidarse de lo maravilloso que era.

Vio una vez más las nubéculas que semejaban corderos mordisqueando en los prados, como había dicho Aleteo. Trató de atraer su mirada, y de nuevo sintió que eran amigas, sin que esto le

causara ya temor. En realidad no comprendía cómo había podido suceder, cómo podían ser amigas, pero no volvió a preocuparse por ello.

Permaneció un rato en silencio y olvidó todo cuanto la rodeaba. Respiraba el aire suave y únicamente escuchaba el canto de los pájaros.

Olvidó la Ciudad de Todos los Deseos, la Casa y todo cuanto había sucedido. Sólo recordaba los tiempos de su pobre niñez, cuando iba descalza corriendo por la hierba cogiendo flores. Trató de recordar qué flores solía coger, cuáles eran sus preferidas, y de pronto sonrió y dijo con voz dulce y soñadora,

como llovida del cielo:

—Me gustaría tener un ramillete de rosas silvestres, pero sólo capullos. Cuando era pequeña solía cogerlos antes de que se abrieran...

El Señor, que estaba sumido en sus pensamientos, se volvió y miró rápidamente a Aleteo Brisalinda. Se le iluminó la cara, como si la anciana hubiera realizado un milagro. Luego se inclinó hacia la Señora y le dijo, ceremoniosamente:

—Querida... ¡has formulado un deseo!

Aterrorizada, la Señora abrió sus ojos desmesuradamente y lentamente

volvió a cerrarlos. No contestó, pero por el temblor de sus labios era evidente que había claudicado.

Entonces, el Señor, con una orgullosa sonrisa de victoria, exclamó:

—Tan pronto como encontremos un rosal silvestre, tu deseo quedará satisfecho, querida mía.

En el coche reinó el silencio. Sólo se oía el canto de los pájaros. Los caballos galopaban por la campiña, que cada vez era más bella. Siguieron su camino junto a un riachuelo serpenteante, dejando atrás los prados llenos de flores y los lozanos setos que bordeaban las zanjas. Por todas partes

había flores, que la brisa mecía y hacía inclinar sobre la hierba, pero no se veían rosas silvestres por ningún lado.

Una fuerte y extraña excitación se había apoderado de los tres pasajeros del coche. El Señor miraba angustiado por la ventanilla, pero sin dejar de sonreír. La Señora, inexpresiva, permanecía con los ojos cerrados, mientras que Aleteo Brisalinda, sentada muy tiesa, miraba a lo lejos con sus ojos azul-verdosos.

Nadie se atrevía a decir nada.

Parecían estar sumidos en un sueño; el golpear de los cascos de los caballos, el canto de los pájaros y el aroma de las

flores les alejaban de la realidad.

Cuando llegaron adonde comenzaba el bosque, lugar en que crecían los rosales silvestres, el Señor ordenó al cochero que parase. Se apeó del coche y atravesando el campo se dirigió hacia el bosque.

La Señora no le miraba; se quedó sentada, tal como estaba, al igual que Aleteo. No se dijeron nada mientras el Señor estuvo alejado, aunque nada impedía que se hablasen.

Transcurrió un largo rato hasta que el Señor regresó. Venía con las manos vacías. Andaba despacio, con la cabeza agachada.

Por fin, la Señora alzó la vista. Su rostro, muy serio, mostraba excitación:

—¿Dónde está mi ramillete? — preguntó.

—Todas las rosas están ya completamente abiertas —contestó él descorazonado—. No había ni un solo capullo.

—¿Así que no me traes mi ramillete? —preguntó sorprendida.

—No —contestó el Señor con gran pesadumbre.

—Entonces ¿me voy a quedar sin él? El Señor parecía estar completamente anonadado. Le prometió que, si tenía paciencia, mandaría que

todo el mundo fuese en busca de capullos de rosas silvestres.

Pero la Señora con esto:

—¡No, las quiero ahora mismo! ¡Y que me los traigas tú!

Entonces el Señor le rogó que deseara en vez de eso un ramo de rosas abiertas. Pero ella negó rotundamente con la cabeza.

—¿Para qué iba a desear eso? Eso puedo tenerlo.

El Señor se quedó de pie en la carretera, abrumado, triste. Pero entonces ella hizo algo insólito. Extendió sus manos hacia él y sonrió.

—Gracias —dijo pausadamente—.

Muchas gracias por dejar al fin sin colmar un deseo mío.

El la contempló perplejo, pero feliz al mismo tiempo. Feliz por oírle decir «Muchas gracias», las palabras que más le gustaban.

Entonces ella sonrió de nuevo y le dijo:

—Acabas de darme algo que nadie puede quitarme. Si me hubieras traído los capullos de rosa silvestre que quería, se hubieran abierto antes de que llegara la tarde y a la mañana siguiente se habrían caído los pétalos. Ahora, tal como deseaba, quedarán cerrados para siempre; los capullitos nunca se abrirán

ni perderán los pétalos. Gracias por dejar que me quede con mi deseo.

El Señor se subió al coche y miró a Aleteo Brisalinda. No sabía qué pensar, pero también ella sonreía. Se sentía inseguro. Parecía como si hubiera hecho alguna buena acción sin saberlo.

Un pensamiento disparatado asaltó su mente. Quizás sólo podría hacer cosas buenas en su vida. Pero al punto desechó tal pensamiento. Aunque parezca extraño, aquello no le interesaba. En aquel momento no le atraían tales pensamientos ni retuvieron su atención. Oía únicamente la voz de la Señora:

—¿Comprendes ahora? —preguntó con voz apagada.

Y se oyó a sí mismo replicar:

—No, todavía no... pero creo que llegaré a comprender.

# 19

NANA ignoraba que Aleteo Brisalinda estuviera en la Casa. Tampoco lo sabían Klas y Klara, aunque no la habrían reconocido.

Aleteo decidió no dejarse ver por ellos hasta que no comenzara su enfrentamiento con Nana. En cambio, dijo a Talentoso que observara todo cuando sucediera entre Nana y los niños.

El cuervo voló alto, bajo los aleros, como una sombra silenciosa. La única que lo vio fue Mimí, que era muda y silenciosa como una tumba. Y aunque

Mimí hubiera podido hablar, nada habría dicho a Nana, ya que no le importaba que hubiera llegado otro pájaro a la Casa, y ya había intercambiado con Talentoso secretas miradas de entendimiento.

De este modo, Aleteo Brisalinda llegó a conocer todas las costumbres de Nana, cómo daba las clases a los niños y, en general, su forma de comportarse.

Finalmente decidió iniciar el ataque durante una clase de canto, puesto que entonces Nana se encontraba en su elemento. En esos momentos estaba completamente descansada, y resultaba más peligrosa pues el canto, que era su

diversión favorita, la fortalecía.

Puede parecer extraño que Aleteo no eligiera uno de los momentos débiles de Nana; pero eso hubiera sido inconcebible. Aleteo quería competir de igual a igual. No sería una verdadera prueba de fuerza si una de ellas hacía trampa a la otra. Y por más que a Aleteo le hubiera gustado, a Nana no se le podía dar la oportunidad de elegir el momento de la contienda, pues carecía de escrúpulos en cuanto a jugar limpio. No tenía conciencia; era solapada, astuta, maliciosa y llena de falsedad.

Sin embargo, eran hermanas. Nana, al igual que Aleteo, constituía una fuerza

de la naturaleza; a ninguna de las dos podía tachárseles de vulgares o corrientes y ambas lo sabían. La lucha entre ellas tenía que ser como la ley de la selva: gana el más fuerte. Para bien o para mal.

Por consiguiente, no debía atacar a Nana en uno de sus momentos débiles. Si realmente quieres vencer al mal, hay que hacer frente a todo su poder y posibilidades; no vale hacer trampas. Y éste era el caso de Nana.

Aleteo lo sabía, y sus preparativos no sólo tenían que ver con su hermana.

Lo primero que hizo fue invitar al Señor y a la Señora para que aquel día

asistieran a la clase de canto que Nana daba a los niños.

Se negaron en redondo. ¿Qué tenían que ver ellos con las clases? Pero cuando ella insistió, la Señora accedió enseguida y, finalmente, también el Señor. Recordando el feliz paseo por el campo, prometieron acudir. En cierto modo, aunque vagamente, se daban cuenta de que la anciana había tenido algo que ver con lo que había sucedido, aunque aparentemente se hubiera quedado sentada en el coche, sin hacer nada.

Entonces Brisalinda se fue a toda prisa a su habitación de la torre y cruzó

unas pocas palabras con Talentoso. Se pusieron de acuerdo en algo. Después se dispuso a reposar un poco. Abrió todas las ventanas de la torre y se sentó allí un rato, rodeada por el murmullo de la brisa estival. Y así fue como Aleteo se preparó para su encuentro con Nana.

Cuando la clase de canto comenzó, Aleteo Brisalinda bajó a la habitación donde estaba Nana con los niños. Por encima de su cabeza, Talentoso se cernía en el aire con sus vigorosas alas. Aleteo llevaba consigo dos de los bols hechos por Albert, el soplador de cristal. Cuando se encontró con el Señor y la Señora, les dio un bol a cada uno y les

dijo que los tuvieran en la mano durante toda la clase. No debían soltarlos.

La Señora miró a los bols con miedo y asombro.

—¡Pero si parecen lágrimas! — exclamó.

—Son lágrimas —contestó Brisalinda con aspereza.

Ambos se quedaron mirándola confusos. No comprendían lo que iba a hacer, pero lo único a que se atrevieron fue a seguirla mientras se dirigía con rapidez a la habitación donde estaba Nana.

La clase ya había comenzado.

Ni Nana ni los niños se dieron

cuenta de que los tres habían entrado en la habitación. Aleteo indicó al Señor y a la Señora que se quedaran de pie y permanecieran en silencio.

Una luz verdosa se filtraba en la habitación. Las ventanas estaban cubiertas de tupidas e intrincadas enredaderas. Las cortinas, al igual que las paredes, eran verdes.

Nana, en el centro de la habitación, cantaba.

Klas y Klara, recostados contra la pared, la miraban fijamente. Parecían de piedra. Mimí estaba en su jaula, cerca del techo.

Cuando Nana dejó de cantar, se

produjo un momento de angustia y estremecimiento mientras miraba a los niños con sus penetrantes ojos saltones.

Una vez que aquel silencio hubo surtido todo su efecto, comenzó a hablar, elevando más y más su penetrante voz a cada palabra:

—¡Ahora, niños, veamos qué tal oído tenéis! ¡Cantad! ¡Cantad! ¡Cantad!

De las gargantas de Klas y Klara salieron sin aliento los habituales, aterrorizados y enronquecidos píos.

Entonces Nana comenzó a agitarse, llena de rabia. Se apretaba las manos una con otra y se dirigió a los niños con pasos cortos y amenazadores.

Pero sucedió algo que no se esperaba. Klas y Klara vieron a Talentoso, que les animaba a que echaran a correr.

Nana no vio a Talentoso, pero le acometió un violento arrebató de cólera. De dos tremendas zancadas alcanzó a los niños, los sujetó entre sus poderosos brazos y los agarró por las orejas.

—¿Os creíais que dos pares de orejas tan poco musicales iban a escapar sin CASTIGO? —atronó enfurecida—. ¡Estaos quietos, estúpidos, cabezas de chorlito!

En aquel momento, Aleteo Brisalinda se adelantó.

Estaba tranquila. Mantenía alta la cabeza. Como si hubiera cobrado vida, su capa tremolaba, y en las alas de mariposa que adornaban su sombrero parecían resplandecer rayos de sol.

Nana, al verla, se dio media vuelta, pero no soltó a los niños. Había en su cara una inexplicable y triunfal sonrisa llena de malicia. Torcía la boca y de sus ojos brotaban chispas.

No parecía asustada, ni siquiera sorprendida; tan sólo despectiva. Se irguió, tan robusta, tan imponente, que a su lado Aleteo Brisalinda quedó reducida a la nada. Cualquiera que entonces las hubiera visto no habría

tenido la menor duda sobre quién era la más fuerte, quién iba a ganar.

El Señor y la Señora no se atrevían casi ni a respirar mientras, de pie, las observaban.

Pero Aleteo no estaba frente a ellos, de modo que no podían ver sus ojos. Ni hubieran podido hacerlo, pues ningún ser humano hubiera podido soportar la expresión de su mirada en aquel momento. No hay palabras para describirla.

Nana temblaba, pero a pesar de todo se mantuvo firme. También daba miedo contemplar su cara, pero ésta, al fin y al cabo, sólo reflejaba maldad,

perversidad y crueldad, mientras que los ojos de Aleteo eran como un tornado, un volcán echando fuego, un terremoto, sin que por ello perdieran su color azul sereno y sosegado como el del cielo en una noche de verano. Aquella mirada, aquella energía, jamás podían extinguirse.

Y se escuchó su voz, eterna, terrible, tranquila:

—Nana, los niños se transforman en lo que uno haga con ellos. Echa una mirada a tus torpes discípulos.

Nana trató de aguantar la mirada de Aleteo, pero comenzó a parpadear. Se esforzó en resistir y logró mantener la

mirada hasta que se vio obligada a ceder. Entonces miró a los niños.

Se echó hacia atrás con violencia. La expresión de maldad de sus ojos se transformó en terror.

El Señor y la Señora estaban inmóviles, como si fueran estatuas. Lo vieron todo.

Lo que Nana sujetaba ahora con las manos eran las asas de dos jarrones de arcilla. A Klas y a Klara no se les veía por ninguna parte. Habían desaparecido.

En aquel momento, Mimí chilló. Aquel chillido era más penetrante y entrañaba más espanto y horror que nunca. Esta vez era un grito desgarrador,

tan hiriente que no parecía de este mundo.

Cuando se extinguió, pudo oírse un extraño tintineo, como el del cristal al romperse. Por toda la Casa, las piezas de cristal se hicieron añicos. Aquel grito fue tan demoledor, de una fuerza tan destructiva, que hizo pedazos todos los espejos y cristales de las ventanas.

Allí estaban el Señor y la Señora, con sus manos llenas de fragmentos de cristal. Los bols que sostenían se habían roto ante sus mismos ojos.

La Señora comenzó a sollozar quedamente.

En aquel instante todo se detuvo. Se

produjo una quietud como si nada existiera en el espacio, tan sólo la eternidad. Era como si la vida no pudiera reanudar su marcha. Como si con el chillido de Mimí, todo se hubiera detenido.

Entonces Talentoso echó a volar y planeó silenciosamente por la habitación. Llegó hasta la jaula de Mimí y la abrió con el pico.

Mimí escapó volando. Fue derecha hacia la luz, salió por entre los cristales de la ventana que acababan de romperse, a través de las enmarañadas enredaderas, y se elevó en el aire cada vez a mayor altura, libre y llena de

alegría. Sin mirar a su alrededor, simplemente desapareció lanzando un interminable grito de júbilo.

Talento observaba desde el alféizar de la ventana cómo se alejaba, y cuando desapareció explicó:

—En otros tiempos, ya lejanos, los dos éramos jóvenes. Nos entendemos muy bien...

Al oír estas palabras, los que estaban en la habitación volvieron otra vez a la vida. El Señor tomó entre las suyas las manos de la Señora y se miraron confusos.

Nana parecía haber perdido la razón por completo, pues daba vueltas sin ton

ni son rompiendo sus pertenencias, musitando para sí misteriosas palabras. Aterrada, salió de la habitación, pero volvió inmediatamente, recorriéndola con la mirada. Entonces se fijó en Aleteo. Se acercó a ella y sus miradas se encontraron, pero esta vez sin odio. Nana había perdido su fuerza, se había rendido.

Como si fuera de lo más normal, dijo a Aleteo:

—Volveremos a encontrarnos, hermana.

Aleteo, con gesto cansado, asintió con la cabeza:

—Sí —replicó—, volveremos a

encontrarnos...

Entonces Nana se marchó.

La Señora, apoyada en el Señor, no cesaba de llorar. El acariciaba su cabello, pero también parecía abatido. No era un malvado, y por lo tanto no podía apartar de su mente la imagen de los jarrones que Aleteo Brisalinda acababa de coger, llevando uno debajo de cada brazo.

—Yo tengo la culpa —repetía—, es culpa mía, es culpa mía. ¿Podrá alguien perdonarme jamás?...

—Pobres niños —decía entre sollozos la Señora—. ¿Podrán alguna vez volver de nuevo a la vida? ¿Tendrán

que seguir siendo jarrones ya para siempre, señorita Brisalinda?

Aleto Brisalinda se detuvo frente a ellos al salir de la habitación. Sus extraños ojos rebosaban compasión.

—No, para siempre no —contestó—. Sólo mientras estén aquí, pues en esta casa no pueden ser otra cosa.

—Pero... ¿y si se fueran a su casa? —preguntó el Señor ansiosamente.

—Entonces volverían de nuevo a ser niños.

El Señor murmuró unas palabras que había creído que nunca más volvería a pronunciar. Dijo:

—Muchas gracias.

Y la Señora susurró con voz entrecortada:

—Le deseo... le deseo felicidad.

—Lo mismo le deseo a usted, Señora —dijo Aleteo, dirigiéndose hacia la puerta. Allí se volvió y dijo en voz alta—: Y a usted también, Señor.

El Señor le dio las gracias por segunda vez. Era la única vez que Brisalinda les había llamado Señor y Señora... fuese cual fuese la razón por la que lo había hecho ahora.

Talentoso desplegó las alas, agitándolas protectoramente sobre la cabeza de Aleteo, que caminaba por la Casa con los dos jarrones de arcilla.

Estaba agotada.

Eran tantas las habitaciones y escaleras de la Casa... Demasiadas. Encontró al viejo cochero en una habitación, inclinado, rígido sobre una mesa redonda, a cuyo alrededor y justo al borde, había doce copas hechas añicos. Su sombra caía sobre el blanco mantel coma las agujas de un reloj que se hubiera parado para siempre.

Aleteo se acercó a él y le tocó.

—Ya no hay que preocuparse más por eso —le dijo dulcemente—. El chillido de un pájaro ha sido lo que ha roto esta vez el cristal. No ha sido el niño. Pero el pájaro ha escapado

volando y los niños ya se han marchado. Nunca volverá a suceder...

Pero el cochero no la vio ni la oyó. Era viejo; permaneció allí inmóvil mientras las agujas del reloj marcaban las siete.

Aleteo Brisalinda se dio cuenta de que estaba atardeciendo. Tenía que apresurarse.

Salió de la Casa por una puerta trasera. Tampoco quiso salir por las puertas de la ciudad, sino que utilizó en su lugar un postigo de la muralla, que daba directamente al Río de los Recuerdos Perdidos. Allí, amarrada, aguardaba una barquita.

Saltó a ella y dejó los jarrones a proa, mientras que Talentoso se posaba a popa.

Soltó la amarra y dejó que la barquilla se deslizara por el río.

La brisa diurna había desaparecido; el agua estaba tranquila. Permaneció sentada, completamente inmóvil, apoyada en los remos, mientras se ponía el sol.

La Casa se reflejaba en el agua. ¡Y era así como realmente debería verse! Temblaba y se estremecía, hasta que la barca, como en un sueño, deslizándose lentamente, salió fuera de la imagen de la Casa reflejada en el agua.

Aleteo comenzó a remar mientras anocheecía. El manejo de los remos le hacía sentirse a gusto.

El río era profundo y ocultaba muchos recuerdos perdidos. Los que allí se habían hundido, estaban perdidos para siempre. Aleteo lo sabía.

Y cuando llegó a la otra orilla, supo que todo se había ya cumplido. Soltó los remos y, lentamente, se volvió a mirar.

Era exactamente tal como había pensado.

Klas y Klara estaban dormidos en la proa. No había rastro de los jarrones de arcilla. Tomó una pequeña manta que había en la barca y tapó con ella a los

niños. Talentoso la observaba con atención.

—Los hechizaste —dijo.

—Transformé su aspecto —contestó ella.

—Ellos se transformaron, pero supongo que tú no habrás cambiado.

—Sí, porque yo tenía que ver lo mismo que quería que vieran los demás. Los jarrones eran fruto de una ilusión, pues los niños nunca dejaron de ser niños.

El cuervo asintió, con aire de suficiencia:

—Talentoso lo sabía y no le cogió de sorpresa.

Aleteo sonrió y le estuvo mirando un largo rato, pero no dijo nada más. Después ató a un árbol la barca y se acostó en ella, envuelta en su capa. El cuervo ya se había dormido, con la cabeza bajo el ala.

Al día siguiente proseguirían su camino; ahora tenían que descansar.

—Será bonito volver a tejer de nuevo —pensaba Aleteo Brisalinda—. Verdaderamente, eso es lo único que me gustaría hacer de ahora en adelante. Espero que nunca más tendré que echar la buenaventura ni hacer más hechicerías. Ya he quedado escarmentada. Esta vez ha sido

necesario pero, en realidad, nunca debería meter mi lanzadera en los tapices de los demás...

La barca se mecía suavemente en el agua.

Al poco rato, también Aleteo Brisalinda dormía. Su sombrero estaba junto a ella y la brisa nocturna jugueteaba con las alas de mariposa que lo adornaban. Mientras dormía, sonreía apaciblemente, pero no soñaba.

# Tercera parte

---

... si acontece  
que obtienes lo que  
anhelas,  
es porque el destino así  
lo ha dispuesto.

**DE LAS FÓRMULAS  
MÁGICAS DE GROA**

---

# 20

LA tienda de las muñecas fue lo primero que vio Sofía al llegar a la feria. Le acometió una súbita congoja y no se sintió con valor para mirarlas. Lo único que quería era marcharse de allí.

Pero no pudo evitar que sus ojos fueran atraídos por la tienda y entonces su corazón latió sobresaltado. De nuevo retornó el dolor de aquel terrible día en que desaparecieron los niños. ¿Es que estaba condenada a volver a sufrir la misma angustia?

Porque en el mismo sitio, en el

mismo rincón de la tienda de las muñecas, colgaba una absolutamente igual a aquella por la que, hacía años, en aquella misma fecha, suspiraba Klara. La muñeca con capa de raso negro, con largas trenzas rubias y pañuelo color lila. La muñeca que la anciana insistió en que había sido comprada por Klara poco antes de desaparecer. Allí estaba colgada justamente ahora. Sofía se quedó mirándola fijamente, hechizada, aterrorizada, fuera de sí, como si hubiera visto una aparición. La muñeca, colgando de las cuerdecitas, se balanceaba de un lado a otro y Sofía tuvo la impresión de que la miraba a

ella con sus brillantes ojos azules de cristal. Se marchó corriendo, completamente aterrorizada. No, no diría nada a Albert. ¿Para que apenarle también a él inútilmente? Ya estaba de por sí bastante triste y melancólico. Tampoco le había dicho nada de su visita nocturna a Aleteo Brisalinda con el anillo. ¿Para qué despertar en él las mismas ilusiones de esperanza que una vez ella había experimentado?

Había creído ciegamente en Aleteo Brisalinda, e incluso ahora seguía a veces teniendo fe en ella. Pero una horrible duda había comenzado a atormentarla. Quizá lo único que Aleteo

quería era su anillo; a lo mejor fue por eso por lo que le brindó su ayuda. Por mas que Sofía trataba de desechar ese pensamiento, no podía apartarlo de su mente.

Volvió corriendo a la tienda para ayudar a Albert como de costumbre, sus artículos de cristal estaban ahora muy solicitados.

Era verano. Brillaba el sol y hacía calor. Había una multitud de gente feliz por todas partes, deambulando de un lado para otro, en espera ilusionada de las diversiones nocturnas.

Pero cuando por la tarde Albert acabó de vender sus piezas de cristal,

Sofía quiso emprender la vuelta a casa. ¿Qué tenían que hacer ya ellos en la feria? No tenían motivo para estar alegres y no deseaban tomar parte en las diversiones.

Albert estuvo de acuerdo. Era mejor volver a casa. Tendrían buen tiempo en el viaje. Puesto que nada les retenía en la feria, donde se aburrían y donde se sentían como fuera de lugar, ya podían marcharse; y si era necesario, sin que el caballo descansara en toda la noche.

Una vez recogidas las cosas de la tienda, se fueron a preparar el carro que, como todos los demás, estaba junto al bosque que rodeaba la feria.

Pasaron junto a un arbusto que cubría una cerca de piedra. Algunos gitanos habían dejado algunas prendas sobre sus ramas. Sus carromatos estaban cerca y allí tendían al sol su colada, ropas llenas de remiendos.

Escucharon música que venía de uno de los carromatos. Alguien tocaba, sin demasiada inspiración, una melancólica melodía. Alguien, solitario, que tocaba al pasar ellos.

Algo más adelante, un cuervo estaba posado sobre la cerca de piedra. Estaba absolutamente inmóvil y observaba hierático su propia sombra cuando ellos pasaron. No se asustó ni echó a volar al

verlos.

—¿No es ése el cuervo tuerto de Aleteo Brisalinda? —preguntó Albert, deteniéndose. Pero en aquel momento el cuervo alzó la cabeza y él observó que tenía dos ojos.

—No —dijo—. No puede ser. Este tiene los dos ojos.

Albert quería seguir andando pero Sofía no se movía. Dio un paso más hacia la valla y miró al cuervo con atención. Había en aquel pájaro algo que resultaba familiar. Volvió un ojo hacia ella y la observaba con una expresión que no acertaba a comprender, pues con aquella mirada ya se había encontrado

en otra ocasión, aunque no recordaba dónde. El corazón comenzó a latir en su pecho con más fuerza. El ojo del cuervo era verde. Centelleaba. Sofía se sentía mareada, presa de una extraña sensación de irrealidad. Aquello no podía ser.

Y sin embargo, tenía la certeza de que anteriormente ya había tropezado con aquella misteriosa mirada verdosa a la luz de la luna y que centelleaba entonces igual que ahora. Entonces la reconoció: era la piedra verde del anillo que siempre le había desconcertado, que siempre le había recordado el ojo de un ser irracional: el ojo de un pájaro.

¿Sería aquél el ojo de Talentoso?

Rápidamente pasó por su mente todo cuanto había oído respecto a Talentoso. Se decía que había perdido el ojo cuando en una ocasión miraba con demasiada fijeza el pozo de la sabiduría. Pero ella jamás había creído tal cosa.

También decían que había perdido el ojo de la noche, el ojo malo. Y por eso sólo era capaz de ver la luz, la belleza y la bondad. Le era imposible ver ni su propia sombra.

Pero este cuervo estaba ahora muy atento mirando su sombra. Y realmente podía verla e incluso era capaz de ver más que eso. Poseía un ojo que había

penetrado en las profundidades de la sabiduría. Ahora Sofía estaba segura. Era el ojo de Talentoso.

Y esa era la razón por la que el anillo le había causado tal desasosiego. ¿Quién habría sido capaz de llevar el ojo de Talentoso en una sortija? Sólo pensar en ello le producía vértigo.

El sol estaba a punto de ponerse, derramando su fulgor de atardecer en un repentino, violento y potente alarde de luz que los deslumbró. Súbitamente, todo el cielo estallaba de luz. El muro de piedra donde posaba Talentoso se tornó rojo. La carretera resplandecía; parecía de oro.

Una gran calma invadió aquellos parajes. Hasta el tumulto de la feria había cesado. Únicamente la solitaria persona del carromato de los gitanos continuaba tocando. Pero su melodía empezaba a cambiar. Los tonos libraban una confusa batalla hasta transformar la melancolía y la tristeza en una alegre y vigorosa tonada.

La melodía no era bella ni podía decirse que estuviera especialmente bien tocada. Eran notas que unos sucios dedos arrancaban de un sencillo violín, pero se convirtió en una melodía que le elevaba a uno a los cielos, pues expresaba auténtica dicha.

Talentoso sintió el impulso de seguir el ejemplo. Extendió sus alas y voló alto, en dirección al cielo.

Albert tomó la mano de Sofía y se la apretó con fuerza.

Porque entonces ya pudieron ver quién era el que tocaba. Salió del carromato y se sentó en una piedra situada entre las floridas enredaderas de lúpulo del seto. Era un hombrecillo viejo, muy pequeño, casi un enano. El cabello y la barba enmarcaban toda su cara, que brillaba al resplandor del crepúsculo. Era muy anciano.

Era el viejecillo que había vendido a Albert la sortija de Sofía.

Pero él no se fijó en ellos, sino que continuó tocando.

Entonces, en medio de la carretera que relucía como el oro, Albert y Sofía vieron a dos niños que venían caminando, y detrás de ellos a Aleteo Brisalinda. Vieron la silueta de su ondulante capa y su sombrero de anchas alas que destacaban contra el sol. Pero Aleteo, al verlos, dio media vuelta y desapareció.

Los niños continuaron andando, ya solos. Albert y Sofía corrieron hacia ellos. Eran Klas y Klara. Iban tan tranquilos y no habían cambiado en absoluto desde que, hacía ya tanto

tiempo, desaparecieron.

Allí mismo, en la carretera, estrecharon entre sus brazos a los niños durante un largo rato. Nadie dijo una palabra; pero transcurrido un momento, Klara, ilusionada, tomó a Sofía por la mano y se la llevó, igual que hizo aquella otra vez:

—Madre, tenemos que ir a buscar la muñeca. ¿Crees que todavía estará allí?

Entonces, asombrados, Albert y Sofía se dieron cuenta de que los niños habían olvidado todo cuanto les había sucedido mientras estuvieron ausentes. No podían comprenderlo.

Pero... ¿cómo podían saber Albert y

Sofía que quienes cruzan en barca el Río de los Recuerdos Perdidos jamás recuerdan lo que les ha ocurrido en la orilla que dejan tras sí? Sólo pueden recordar lo que acaece en la otra orilla, aquella en la que desembarcan.

Klas y Klara jamás recordarían la Casa; no se acordarían del Señor ni de la Señora, ni siquiera de Nana.

Todo aquello había quedado sumergido para siempre en el Río de los Recuerdos Perdidos.

Pero habría veces en que se extrañarían de por qué sentían una cierta aprensión cuando tenían que subir tramos largos de escaleras. O por qué,

en ocasiones, corrían hacia un espejo con el corazón brincándole en el pecho por temor a encontrarlo vacío. ¿Por qué se ponían tan contentos al ver reflejadas sus imágenes?

Una o dos veces, sin saber por qué, se despertaron a media noche creyendo estar fuertemente encadenados a un gigante. Pero entonces Sofía, encendiendo una vela, les decía que sólo había sido un sueño.

—Los sueños son como los ríos — solía susurrarles dulcemente—. Fluyen igual que los ríos.

Y entonces volvían a olvidar.

¡No era más que un sueño!

Pero aquella tarde, en el radiante crepúsculo, no pensaban en tales cosas.

Fueron con sus padres a recorrer la feria. Contemplaron el baile de los osos y vieron bailar con zancos a las muchachas. Subieron al tiovivo y les compraron regalos.

En la tienda de las muñecas habían vendido todas, excepto la muñeca de las trenzas de oro, de la capa de raso y el pañuelo color lila.

La anciana de la tienda se quedó sorprendida. Dijo que no se había fijado en aquella muñeca. Estaba extrañada, pues estaba segura de no haber hecho una muñeca como ésa para la feria de

aquel año. Era un misterio para ella el que estuviera allí. ¡Pero qué les importaba eso a Klara y a Sofía!

Y así, todo sucedió como tenía que ser. Cuando Klara tuvo la muñeca en sus brazos, todo fue precisamente tal como tenía que ser. El círculo se había cerrado y de nuevo todo volvía a la normalidad. Nadie necesitaba saber más ni tampoco nadie supo nada más.

Aleteo Brisalinda, desde luego, lo sabía todo. Saber y comprender más que los demás, ése era su sino.

Aquella tarde estaba de nuevo bajo su manzano. Ya no tenía flores, pero pensó que en el otoño le daría una buena

cosecha de manzanas; en tal cantidad que sería imposible contarlas.

Seguro que iba a ser un buen año.

—Talentoso —dijo pensativamente al cuervo, que estaba posado en el árbol—. Ahora lo sabes ya... ¿no?

—Sí, lo sé —replicó el cuervo.

Se miraron el uno al otro.

—Tu ojo se volvió verde por haber estado tanto tiempo en el pozo de la sabiduría...

—Ya lo sé —dijo Talentoso.

—¿Qué más sabes?

El cuervo se quedó silencioso y luego, dirigiéndole una mirada abstraída, contestó:

—Todo. Antes de que el sol supiera dónde estaba, antes de que la luna supiera el poder que poseía, antes de que las estrellas supieran dónde iban a brillar, Talentoso lo sabía ya todo acerca de la vida.

Aleteo Brisalinda le escuchaba pensativa y asentía con la cabeza.

El cuervo volvía a ser lo que había sido. Había recuperado el ojo, el ojo negro del pasado. Nada estaría ya oculto para él. Ahora, igual que en tiempos pretéritos, podía ver a la vez el futuro y el pasado.

Ahora la miraba con el otro ojo, con el bueno, al que ella no se atrevía a

creer cuando miraba a la vida sólo con él. Pero ahora podía creer en él; su expresión era de esperanza. Los ojos azules de Aleteo parecían sonreír...

—Así pues, puedo volver de nuevo a mi telar —dijo entrando en la casita.

Talentoso se quedó en el árbol. Escuchaba.

Escuchaba el traqueteo del telar. El murmullo del tiempo. El rocío que caía sobre la hierba.